

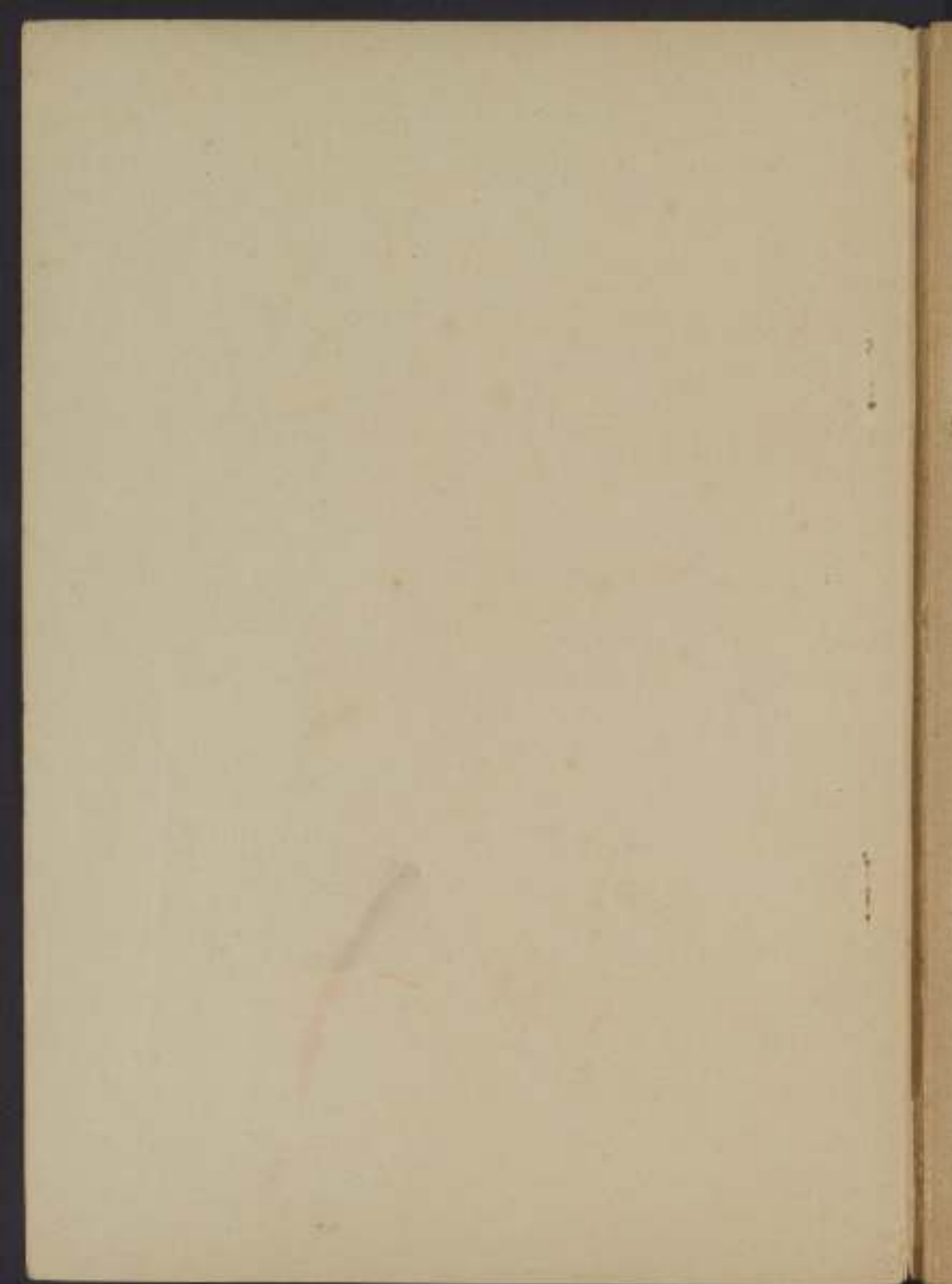
127

DIANA
DURBIN

PUBLICACIONES
1.50
PTS
CINEMA

MENTIROSILLA

con *Herbert* MARSHALL
Gail PATRICK



MENTIROSILLA

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

PUBLICACIONES CINEMA
EDICIONES EXTRAORDINARIAS

Serie Esplendor

Domicilio: Balén, 154. — Barcelona

Presenta

MENTIROSILLA

(La película maravilla de Diana Durbin)

Dirigida por

NORMAN TAUROG

Una superproducción

Distribuida por

HISPANO AMERICAN FILMS, S. A.

MALLORCA, 239. — BARCELONA

Argumento narrado por

JOSE SAGRE

PRINCIPALES INTERPRETES:

DIANA DURBIN	Gloria Harkinson
Herbert Marshall	Richard Todd
Arthur Treacher	Tripps
Gail Patrick	Gwen Taylor
William Frawley	Dusty Rhodes
Jackie Moran	Tommy
Helen Parrish	Felice
Marcia Mae Jones	Olga
Christian Rub	Pierre
Charles Peck	Henry
Nana Bryant	Annette Fusenot
Elizabeth Risdon	Lonise Fusenot
Joan Tree	Patricia
Sid Grauman	Grauman
Franklyn Pangborn	Hotel manager
Charles Judells	Conductor
Bert Roach	Conductor

Una nueva sonrisa en la pantalla
 que la NUEVA UNIVERSAL presenta con DIANA DURBIN

MENTIROSILLA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

Existe en nuestro siglo una ciudad que su solo nombre hace palpitár casi todos los corazones femeninos. Una ciudad que nos ha hecho soñar las más deliciosas fantasías, en las cuales hemos conquistado la Fama, esa diosa tan esquivá para la mayor parte de los humanos, y que, sin embargo, todos, pocos más o pocos menos, hemos querido alcanzar (Hollywood!). Esto es, la Meta maravillosa del Cine. La ciudad en la cual se hallan los enamorados de todas las muchachas del mundo. Ciudad fantástica, en la que todo es extraordinario, desde sus casas, que a veces sólo son

simple apariencia, hasta sus mujeres que, también a veces, sólo poseen fachada ya que no corazón. El moderno Eldorado ha logrado imponerse en todos los continentes. Ha arrebatado a París el cetro de la moda. Un enjambre de bellas mujeres pupulan por sus amplias avenidas que relucen del bello sol californiano. Los hombres más distintos tienen su punto de reunión en esta maravillosa tierra en donde existe la posibilidad de demostrar al mundo entero su personalidad. De todos los países acuden diariamente los mejores y más agradables jóvenes del mundo. El nombre de la ciudad fascina con el resplandor de hoguera de sus

millones de lucas. Todos creen triunfar. Lejos, en su aldea, han soñado con eclipsar las glorias de todos los astros habidos y por haber. Un día, sin decir nada a nadie, se embarcan en la más formidable aventura de nuestros tiempos. La de sobrevivirse por medio de ese documento eterno que es una película. El camino es duro. No todos llegan. Muchos se quedan enredados entre las zarzas que bordean la senda. Para triunfar en Hollywood se necesitan condiciones verdaderamente sobrehumanas, que no todos poseen. Pero alguno triunfa. Y desde aquel momento comienza su efímero reinado, en el cual el incienso se vuelca alrededor del nuevo vencedor. La vida de la capital, hasta aquel momento triste y dura, se vuelve, de la noche a la mañana, y merced al milagro de la popularidad, en el más encantado de los paraísos. Todo lo que uno ha deseado se le ofrece con la misma naturalidad con que antes se lo negaba. Comienzan las fiestas en las residencias suntuosas de las estrellas de la pantalla. Fiestas a las que asisten las mujeres más maravillosamente bonitas del mundo y las más exquisitamente elegantes. Un derroche fastuoso es la marca de estas fiestas. Y, además, una completa fastuosidad en la presentación, en los alardes de gusto, en las excentricidades sin cuento. Hollywood lo admite todo porque lo comprende todo. Amalgama de todas las razas se han juntado en ella, gentes de los más distintos países y las más distantes razas, trayendo consigo sus costumbres, su gracia y su arte. En su fondo de ciudad española, por una ascendencia noble, que no se ha borrado aún, pese a los años de dominio yanqui, Hollywood admite a todo el que se asome a su recinto sin más bagaje que su juventud dorada y su inquieta ilusión. La vida en los Estudios, sin embargo, no es lo dulce que muchas gentes ingenuas se creen. Hay que trabajar firmemente para lograr alcanzar la perfección que los públicos piden a este nuevo arte. Por lo tanto, el trabajo es duro. Ensayos, estudio incansable de los más complicados personajes, para los cuales se necesita o una maravillosa intuición o una protección influyente. Luego, quizás, el desencanto de ver menguada la popularidad; la necesidad de admitir en la vida íntima de las estrellas a los indiscretos reporteros, que andan buceando en su

vida particular, para descubrir tal o cual rasgo que pueden dar al traste con la carrera mejor cimentada. Es necesario cuidar, pues, estos pequeños detalles. Por lo tanto, los periodistas son mimadísimos en aquella ciudad, en que todo sucede distintamente que en el resto del mundo. Además, las continuas obligaciones de fuera del estudio. Las peticiones de retratos de los miles y miles de admiradores. Cartas que hay que leer, una por una, y contestar las que valgan la pena de hacerlo. Las emisiones radiofónicas, en las que se ha de hablar de pequeñeces que siempre gustan a los intrusos de ajenas vidas. En fin, también las estrellas del cine tienen sus obligaciones, tan duras, después del primer tiempo de novedad, como las del resto de los mortales. Se filma, pues, esta u otra cinta. Es necesario, luego, una vez puesta en condiciones de pasarla ante la opinión del público, buscar la aprobación de éste, que es quien decidirá, finalmente, si la obra valía o no la pena de perder el tiempo y el dinero. Se organizan, pues, eso que se llama «premières», o sea, la primera exhibición de la nueva cinta ante el auditorio de Hollywood. Esas noches, Hollywood presenta el más fascinador de los espectáculos. No sólo porque en sus salas se reúne lo mejor y más distinguido de la colonia cinematográfica, sino también, porque la multitud, frenética de entusiasmo, espera a sus ídolos en las puertas del local donde la producción se proyecta y les hace objeto de cariñosas demostraciones de cariño. Nos encontramos ahora en una de esas famosas noches de Hollywood. Nada menos que una «première» de la cinta de la actriz de moda, en el cine chino de Hollywood, perteneciente al conocido empresario Sid Grauman, cuyas fiestas en aquel espléndido local le han hecho conocidísimo en el mundo entero. Y es que, realmente, pocos o ningún otro empresario del mundo posee el gusto de Sid Grauman. Amigo particular de todas las estrellas del cine, ha sabido conservar esa amistad en un ambiente donde las rivalidades profesionales están a la orden del día. Sid Grauman con su tacto exquisito ha sabido presentar y rodear sus funciones de un ambiente propicio que deja satisfecha a la más exigente de las actrices de América. En la amplia avenida que lleva directamente a la cercana ciudad de Los Angeles,

fundada por españoles, se asienta este maravilloso teatro, en el cual proyectar una cinta es tanto como dar la fama perseguida a quien la protagonice. Esta noche bulle de entusiasmo los alrededores del teatro. Miles y miles de aficionados han acudido al reclamo de la maravillosa actriz, triunfadora de tantas embriagadoras películas y a quien la misma Academia de Hollywood le ha dedicado sus mejores premios. Y es que Gwen Taylor, ora, en verdad, una actriz de cuerpo entero. Las más diversas interpretaciones había sabido rodearlas de un maravilloso hechizo que la hacía imprescindible en esos personajes de mujer con experiencia, para quien la vida ya no guarda secreto alguno. Su elegancia, por otra parte, ponía el ánimo del espectador en camino de rendirse al influjo magnético de esta espléndida actriz del cine sonoro. Los vestidos, en el cuerpo de esta mujer, adquirían un encanto indescifrable, que ella explotaba con la más seductora de las fascinaciones. Ninguna otra mujer capaz de aparecer con modelos más extravagantes y que, sin embargo, a las pocas semanas de haberlos ella lanzado eran adoptados por todas las elegantes

del mundo. París, Londres, Madrid, se disputaban el honor de lograr la exclusiva de los mismos. Gwen era, en verdad, una mujer afortunada o cuando menos parecía serlo. Nada se sabía de ella, sino que había llegado a Hollywood, unos cuantos años antes, y que se había adueñado en tal forma del favor del público que las antiguas favoritas del cinema habían visto palidecer su estrella ante el brillo de la de esta recién llegada. La prensa, desde su aparición primera, la llenó de los elogios más rendidos. Su forma distinta de expresar las reacciones de los personajes, hasta las más sutiles del alma femenina, el matiz maravilloso que desplegaba para dar a cada situación el justo equivalente, su mirada en la que se escondía el arcano indescifrable del eterno femenino; en fin, toda ella, su línea, su figura, habían logrado un triunfo como el cine no recordaba ningún otro. Gwen sabía, también, mantenerse en el candelero. No daba jamás un solo escándalo. Ella no había tenido que recurrir a esos socorridos ardides de los divorcios y de las juergas nocturnas. Amable con todos, paseaba su dignidad de mujer exquisita por las aceras del Boulevard Ho-

Hollywood o su cuerpo de náyade, brillantes los ojos de entusiasmo, por las candentes arenas de la hermosa playa de Santa Mónica. Por eso la encantadora Gwen se había captado la simpatía de todo Hollywood y la admiración del mundo entero. Además, su juventud, pues apenas el Gwen contaba veinticuatro otoños, le daban ese encanto indefinible de la mujer que ha dejado ya de ser una niña, pero que, sin embargo, conserva en el rostro toda la divina y delicada apariencia de la primera juventud. El éxito alcanzado aquella noche superaba, en verdad, sus continuos y apoteósicos anteriores. La multitud notó muy pronto que la representación había concluido. Miles de luces se abrieron para que admirasen a la reina del celuloide. Los focos elevaban a la noche estrellada y serena, ¡noches de Hollywood!, su canto luminoso. El momento tenía una extraña mezcla de rito antiguo y de excéntricas modernidades. Por fin, apareció rutilante, bella, cautivadora, la maravilla del momento, la actriz tan deseada. Una salva de aplausos coronó su aparición ante el público. Era completamente imposible contener a aquella avalancha humana que quería ver de cerca a su ídolo. Una mujer,

se le acerca; quiere ser la primera en felicitar a la encantadora actriz de los ojos con brillos de champaña.

—Has estado maravillosa...

—Gracias, muchas gracias —es lo único que acierta a decir Gwen, para quien esta emoción sincera del público llena siempre de nostálgicos recuerdos.

Los periodistas ya han acudido, como moscas a un panal de rica miel... Las cámaras funcionan con rapidez vertiginosa y hay una moderna melodía de humos de magnesio.

—Este éxito batirá todas las recaudaciones de taquilla...

—¿Querría firmar una dedicatoria para mi revista...?

—¿Tendría la bondad de hacer unas declaraciones para mi periódico...?

—Diga usted que estoy muy agradecida a cuantos me han ayudado y, especialmente, a Dusty Turner, mi director.

—Gracias, muchas gracias, Miss Taylor —dice éste a la actriz que reclama ahora un poco de descanso. Pero ha aparecido el gran Sid Grauman. Viene encantado. Entusiasmado de ver la actuación maravillosa de la actriz. Es necesario que esta nueva

trágica del cine, siguiendo la vieja costumbre, imprima su pie en un molde de cemento, donde sólo lo han puesto las elegidas...

—Miss Taylor, ha estado usted soberbia... Ha sido un verdadero clamor. Ha sido un éxito como nunca se había visto ni podía esperarse ya en mi teatro.

—Gracias, muchas gracias, Sid.

—Deseo que imprima su pie en el molde de las artistas consagradas... Será un recuerdo indeleble...

—Lo haré con mucho gusto —exclama Gwen Taylor, con la más sugestiva y acariciadora de sus divinas sonrisas. Gracias, señor Grauman...

—Yo soy quien debe darte, y no olvide que después de retirar los pies póngalos en tierra firme, donde siempre los tuvo.

—Y le enviaré la factura con el importe de los zapatos que rompa —arguye graciosamente el director de la actriz, Dusty Turner, uno de los más inteligentes personajes de la ciudad del celuloide.

—La pagaré en el acto —le dice el complaciente Sid Grauman, inclinándose respetuosamente ante la bella dama y besándole, en ademán de despedida, su aristocrática mano.

Gwen Taylor desaparece, pues, envuelta en la admiración de aquel público, que se había mantenido a la puerta del Teatro Chino, hora tras hora, por contemplar su real belleza, solamente estos segundos. Compensación a la vanidad, cuyo precio es, a veces, muy caro; así nos lo demostrará la vida íntima de Gwen Taylor, para quien no todo son triunfos y halagos; también existen para esta mujer, que parece mimada por la fortuna, sus horas tristes, en las cuales, toda la popularidad, los miles de dólares ganados semanalmente, los vestidos lujosos, las perlas preciosas que brillan esplendorosamente en su garganta, no son suficientes para hacer olvidar la amargura de su vida, esa amargura disimulada entre risas de comedianta y secretos de tocador. Gwen Taylor, como los demás mortales, tenía también sus penas, y, mu- jer, al fin, poseía un corazón abierto a la más fina de las sensibilidades, a un deseo ardiente de querer y ser querida, y, en cambio, la única persona por la cual lo hubiese dado todo, en fin, la única persona por la cual lo estaba sacrificando todo, velase precisada a vivir lejos de ella, a no hablar con nadie de ella, a

guardar en lo más hondo de su corazón el secreto de su existencia. Gwen Taylor era una mujer desgraciada. Su vida particular, la que se deslizaba fuera de los estudios, era una farsa cruel para ella, que le despedazaba el corazón. Sólo Dusty Turner, su fiel director, era depositario de sus íntimos secretos. Pero este hombre, tipo clásico del americano ciento por ciento, era una persona para la cual todo se supeditaba al valor de los cheques semanales. El amor, el cariño, los ideales, podían venderse y comprarse, para este hombre, según la cantidad más o menos alzada que se pudiese por ellos. Dusty Turner era consejero artístico de Gwen Taylor, pero, en realidad, era también, su dueño. El hombre que la manejaba con el solo fin de que Gwen cobrase en oro lo que ella tenía de fascinadora y atractiva personalidad. Fiel hasta la muerte, pero corrompido el corazón por el ansia del negocio, Dusty Turner creía que los demás humanos tenían igual concepto de la vida que él. El dinero, solamente el dinero. Y sus consejos, seguidos al pie de la letra por Owen, a quien en días pasados había salvado de la miseria, habían hecho de esta mujer, un tro-

zo de carne sin espíritu, que iba desperdiçando lo mejor de su vida entre los decorados de cartón de la ciudad de ensueño.

Hacia el hogar de Gwen Taylor les lleva ahora el lujoso automóvil de la estrella. Envuelta en su abrigo de pieles, regalo de un príncipe de sangre real, que, a su paso por Hollywood, quiso expresar así su complacencia por las interpretaciones de su arte prodigioso. El hogar que ocupa Gwen Taylor, cercano al mar, y, desde el cual, por las noches se oye el monótono chocar de las olas contra los arrecifes, es uno de los más lujosos de la colonia cinematográfica de Hollywood. Suntuoso palacete, enclavado en el barrio más aristocrático de la pequeña ciudad, es vecino del de las grandes estrellas de la pantalla que, triunfan como ella, en todas las plateas mundiales. Desde su gótico balcón, cuya preciosa vista domina el inmenso y deslumbrador panorama, se distingue perfectamente el jardín de la Garbo, que gusta de pasear por él en sus horas de asueto, vestida en forma muy distinta a como la vemos en la pantalla. También el joven hogar de los esposos Taylor es vecino al de nuestra actriz. El Robert Taylor, aparece muchas mañanas,

a primeras horas, para hacer sus minutos de gimnasia diaria. Ella, Bárbara Stanwich, le llama luego para el matinal refrigerio. Pero a Gwen Taylor no le importan la vida de sus vecinos; atenta solamente a su carrera, que desea sea todo lo rápida y esplendorosa posible. Ni una sola comodidad falta en su bello hogar, en el que cada detalle precisa la atención de una mujer de gusto como Gwen lo es. Sus salones llenos de pinturas célebres, bellos retratos de Renoir, su pintor favorito, sus rincones llenos de figurillas, debidas al cincel de reputados artistas, la decoración suntuosa de las habitaciones, los tapices, salidos de renombradas fábricas, y de continuas peregrinaciones por países de arte y ensueño. Todo esto había logrado reunir Gwen pensando en un mañana feliz y más risueño que el presente. Para ese día, guardaba Gwen sus mejores deseos, para el día en que el ser a quien más quiere en este mundo pudiera reunirse con ella, libre ya de la odiosa esclavitud de la publicidad de Hollywood. Además, mientras tanto, su hogar representa un oasis en su inquieta vida de sociedad. Porque una actriz de Hollywood se debe, principalmente, a los periodistas,

a las periódicas recepciones, a los continuos compromisos para asistir a esta o aquella «garden-party», y a las más maravillosas excursiones en los «week-end». La vida social de Hollywood era imprescindible para ella si continuaba en su envidiado puesto de primera figura. No se dan casos como el de Greta Garbo, en el que se perdona sus continuas negativas para dejarse ver en cualquier parte. Era la única actriz a quien esa actitud se le había consentido. Y ninguna más podía seguir ese precedente, sin caer en el olvido de la noche a la mañana. Gwen Taylor adoraba su hogar y a él le dedicaba sus pocas horas de asueto; en él hallaba el descanso para sus destrozados nervios.

Ya en él, Gwen y Dusty se dirigen a sus respectivas misiones. La de él, es la de pulsar el éxito de aquella noche entre los productores. Siempre atento a las reacciones del público, que es, en definitiva, el que eleva o hunde a los intérpretes, Dusty sabía que aquella noche había sido de triunfo rotundo para Gwen y que debía, pues, aprovechar el momento propicio.

El teléfono es el medio de comunicación que resulta maravi-

lloso para estos casos. El director de los estudios está al otro lado del cable, expresando su extrema complacencia por el éxito arrollador de la cinta. Se calculaba que en los mercados mundiales batiría anteriores recaudaciones de taquilla y que en las pantallas de Nueva York y Londres, se mantendría, sin ningún esfuerzo, alrededor de los doce meses en una misma cartelera.

—Si —dice Dusty, mientras sus ojos expresan una alegría sin límites, según va oyendo a su interlocutor— este éxito la coloca entre los más grandes ases de la pantalla habidos y por haber. No es una opinión del director y consejero artístico de la actriz, sino lo que dice el público, que es quien siempre decide estos casos.

—Indudablemente. Tiene usted razón, Gwen ha triunfado esta noche en toda la línea. Espero que el próximo contrato lo firmará con nosotros y en las mismas condiciones.

—¿Qué? Eso no es posible...

—Entonces, le ofrecemos el triple de su actual salario...

—Eso ya está mejor. Ahora estamos ya más cerca de entendernos. Trataré de recibirle mañana. Y escuche, Frank. Vaya acostumbrándose a escribir grandes su-

mas. Hasta mañana... Mientras tanto Gwen, ha ido a enterarse de la única razón de su existencia: las cartas que, de vez en cuando, recibe de cierto lugar de Suiza. Cartas esperadas y que le hacen sentir nostálgicos deseos de abandonar todo y escapar hacia la pequeña aldea, en donde se halla su felicidad. Porque Gwen Taylor depende exclusivamente, si no que lo diga su corazón, de esas manitas divinas que le escriben bellas cartas, llamándola «querida mamita».

Gwen Taylor tiene una hermosa hija de catorce años. Una hija cuya existencia se lleva en el mayor misterio. Nadie en Hollywood la conoce. Nadie sabe que Gwen Taylor es viuda, y que tiene una hija de edad tan crecida. Su rostro, que gracias a los cuidados de los Institutos de Belleza, se mantiene con el candor de los dieciocho años, no traiciona una edad que nadie, ni la peor de sus enemigas, podría atribuirle.

Por esto cada una de estas cartas es un rayo de sol, en la negra soledad de Gwen. Sólo Dusty es su confidente. Sólo él está al tanto de esta correspondencia de la hijita, que ni siquiera es contestada por la madre, en previsión de cualquier descubrimiento que po-

dría ser fatal para su carrera. Dusty es, pues, el encargado de hacer llegar a Gloria Harkinson, nombre de la hija de la actriz apellidada, también, en su vida privada Harkinson, las noticias de su madre.

—Gwen, ¿está ya vestida? —pregunta Dusty antes de pasar dentro de su habitación.

—Adelante...

—He hablado con Frank. Quiero que firmes un nuevo contrato...

—Ah, sí... bien no me importa ahora. He recibido, como ves, carta de Gloria. Como de costumbre, vehemente y con peticiones que no comprendo para qué deban ser.

Gwen hace años ya que no ha visto a su hija. Los principios de su carrera tuvo que dedicarlos exclusivamente a coger experiencia de la vida. Más tarde, en cuanto los primeros cientos de dólares, llegaron a sus manos, puso especial empeño por mandar a su hija a un pensionado de Suiza. Ella deseaba para su hija lo que nunca había podido ella lograr. Sin comprender, quizás, que el cariño de madre vale más que todas las lecciones de aritmética y geografía, que pudieran darle en aquel colegio.

De un tiempo a esta parte, sin embargo, la actitud de Gloria era desconcertante. Pedía cosas inverosímiles en sus cartas y no se sabía para qué podía necesitarlas.

—¿Qué es lo que te pide ahora?

—le dice Dusty, convencido que la niña se habrá descolgado con una de sus habituales peticiones.

—Pues un colmillo de elefante...

Verdaderamente era extraño que en un internado para señoritas de Suiza pudiese necesitar algo tan poco práctico como un colmillo de elefante. Pero quién no ha conocido a Gloria Harkinson no puede hacerse idea de la fantasía de esta niña, heroína de nuestro relato.

—¿Nada más que eso? —le dice Dusty a quien, en realidad, le hacen gracia aquellas peticiones—. Y antes una piel de leopardo. Y hace dos meses, la máscara de un salvaje. Hoy un colmillo de elefante. Y suerte que no se le ha ocurrido pedirte todavía un elefante entero.

Tiene unos caprichos muy extravagantes —dice Gwen, mientras continúa la lectura de la carta, la carta en la que se le pide el consabido colmillo—. ¿Qué clase de niña es mi hija? Porque yo

nunca lave semejantes caprichos. rian que eres sólo una buena

—Igual que todas. Todos los niños coleccionan algo. Nueces, estampas, cromos de chocolate, a tu hija le ha dado por los coimillos de elefante. Cuando menos posee una originalidad que te tendría que dejar muy satisfecha.

—Pobre de mí. Soy la única madre que nada sabe de su hija. A veces pienso si Dios no me castigará por haberla dejado a manos ajenas. Ni siquiera me está permitido el escribirla.

—No le hace mucha falta. Está en un pensionado de Suiza y tiene todo lo que puede desear.

—Todo menos a su madre...

—Gwen, no empieces a pensar en cosas tristes. Esta es tu noche triunfal. Y, además, eres una estrella consagrada...

—Si es así, es hora ya de que traiga a mi lado a Gloria. No puedo pasar más tiempo sin tenerla a mi lado...

—Escucha, Gwen. Aquí tienes a una mujer deslumbrante — le dice, enseñándole una de sus más bellas fotografías. A esta mujer le paga el público y tiene derecho a que no se le defraude. Pero ¿quién imagina a una mujer deslumbrante con una hija de catorce años? No querrian volver a verte en la pantalla. Di-

rian que eres sólo una buena madre con una niña muy rica.

—Pero no puedo tenerla siempre oculta. Prefiero no ser estrella.

—Ah, yo hubiera sido un camarero de haber seguido los consejos de mi padre y aquí estoy dirigiendo a actrices. Y mañana te firmaré un gran contrato. Un contrato que te dará una fortuna. No es cosa de tirarla.

—Hay cosas mucho más importantes que el dinero.

—¿Sí? Citamela. No seas así, Gwen. Hace unos diez años que entraste en mi oficina. ¿recuerdas? Entonces eras sólo una chiquilla boba, que venía del Sur, con una niña de la mano. Me dijiste que eras viuda, que la niña era hija tuya y que todo cuanto deseabas era trabajar para ella. Pues si deseas hacer fortuna, no tienes más remedio que sacrificar. Dentro de un año tendrás tanto dinero que ya no habrás de preocuparte por nada. Entonces podrás ir a Suiza, trepar las montañas más altas y decirle al mundo que tú no eres una mujer deslumbrante, que eres doña Sara Harkinson y que tienes una hija de catorce años...

La mirada de Gwen ha ido vagando distraída por el bello salón,

carente de las risas juveniles de su hija. Pero ha comprendido mientras Dusty hablaba, que tenía razón. La vida de Hollywood le imponía aquel sacrificio. Pero todo era necesario para el bienestar y la felicidad de su hija, que en aquel entonces...

CAPITULO II

Suiza es uno de los más bellos países del mundo. Sus altas montañas, cubiertas de la blancura de la nieve, se miran gozosas en el cristal del lago, copiando su hermosura paradisíaca. Los agrestes valles, sus bosques fantásticos, que parecen escenarios de hadas y gnomos; sus cañtas, perdidas entre las montañas, rodeadas de bellos abetos y, por los pastos, las rollizas vacas que dan al panorama una nota de paz y sosiego aún más patente. Suiza es un bello país. Sus carreteras preciosas, rodeadas de abismos, y por las que cruzan ahora unas modernas amazonas sobre sendas bicicletas. El contrado es precioso. La mañana de mayo, diáfana como pétalo de rosa, parece purificarse más todavía al paso alegre de estas muchachas que vienen entonando una pegadiza canción. Todas son jóvenes y bellas. El hada madrina estuvo pre-

sente en el bautizo de cada una de ellas. Sobre todas derramó sus dones. El concierto no puede ser más encantador. Lleva la voz cantante la joven de la delanteira. Una preciosa criatura. Niña aún, pero en sus expresivos ojos empieza a asomar ya la expresión maravillosa de los catorce años. Su boca lanza, con fresca voz, las notas de un canto que hace alegrar a la misma Naturaleza. Con su gracioso vestidito, su sana alegría y su extraordinaria resistencia, canta y canta, mientras sus compañeras, casi tan bellas como ella, al esto fuera posible, forman un coro agradable de jóvenes ninfas. El campo las saluda con ruidos de hoja de árbol y murmullos de escondidas fuentes. La pequeña sibba ahora la tonadilla. La pequeña, que no es otra que la pequeña Gloria, la hija de Gwen Taylor, la autora de las peticiones raras, de colmillos de elefante, que ha salido de excursión con sus compañeras de Internado. ¡Ah!, la pobre Gloria. No puede terminar el canto, pues le falla la última nota. No, no hay forma de que le salga el silbido. Pero, su cara pícaro, se ríe de lo lindo al oír que un gracioso pajarillo, desde su alto nido, situado en la copa más alta de los árbo-

les de aquellos contornos, termina con su trino la canción que no le salta a Gloria. ¡Allí va la alegría de la juventud! Pero una trampa de una de las educandas, hace apearse de la bicicleta a Gloria, mientras su compañera, Felice, le grita burlonamente si era ella quien les conducía. Pero el castigo llega en forma de topetazo, que despidió de la máquina a la intrépida bromista. Gloria, sin embargo, no es rencorosa, allí va a ayudar a Felice.

—Siento mucho que te hayas caído, Felice.

—No me digas —le responde ésta con acritud.

—¿Por qué te soy tan antipática?

—¿Y por qué lo crees así?

—¡Ah!, ¿no te lo soy? —exclama Gloria, que quisiera que todos la quisieran como ella quiere a todos.

—No, nada de eso. Es que te odio.

No tiene remedio. Felice le tiene una antipatía inconcebible en muchachas de esta edad. Sólo se comprende esta enemistad de la compañera por celos o envidias de colegio, que, de vez en cuando, se producen. Camino adelante, va Gloria al internado, situado en un paraje espléndido, desde el

cual se divisa toda la belleza del panorama suizo. Pronto se reúne con sus compañeras.

—Vamos, daros prisa, que si no llegaremos tarde. Vamos.

—¿Dónde está Felice? ¿Qué le ha sucedido?

—Se habrá quedado a dormir en la cuneta —contesta Betty, una preciosa criatura de estoreas primaveras.

—Apuesto a que la ha empujado Gloria.

—No es cierto, no me gustan esas bromas. Felice ha chocado contra un carrilón.

—Le está bien empleado, por querer pasar a conductora.

—No consiento que habléis mal de mi amiga —grita otra de las educandas.

—Pues si eres tan buena amiga, vuelve a recogerla —exclaman a coro las alegres muchachitas, mientras se elevan al cielo las risas frescas de sus bocas.

—Chicas, son las cuatro. Aprisa...

Y como modernas Walkyrias, parten a toda la velocidad que les permite la bicicleta hasta el internado, donde tienen que estar a las cuatro de la tarde...

En sus habitaciones, alreadas, soleadas, llenas de un lujo relativo y de esa simpática aparien-

cía de los internados suizos para señoritas, Gloria contempla la radiante tarde de primavera. Su amiga y compañera de cuarto, Olga, la mejor de todas entre el bullicioso rebaño femenino del instituto, está con ella. Olga es una niña, muchacha en flor, cuyo rostro, si no físicamente perfecto, posee esa simpatía que los hace tan humanos y atractivos. Olga es la confidente de todos los pequeños secretillos de Gloria. Aunque no de todos. Pero es que ni la misma Gloria está enterada de su vida o la de su madre. Olga es una buena chica, que quiere a Gloria con toda su alma. Gloria, por su parte, le corresponde con la mejor de las amistades.

—¿Qué te decía Felice cuando se cayó?

—Nada...

—Me alegro que se haya caído. ¿Sabes lo que decía de ti? Se refiere a tu padre.

—¿Y qué decía de mi padre?

—Dijo que ella no creía que fuese explorador, y aún menos que te haya enviado todos esos trofeos.

No podemos continuar adelante sin decir que Gloria, con todo el encanto de sus breves años, tiene un pequeño defectillo, que, sin

embargo, a ella le da una deliciosa gracia. Gloria es una pequeña mentirosilla. Si, mentirosilla, que inventa las más diversas historias por el gusto de desarrollar su fantasía y también por una razón que no quiere confesar a nadie. Claro está, que sus mentiras siempre son inocentes y a nadie perjudican. Además, Gloria posee un remedio infalible para hacerse perdonar estos pequeños pecadillos. Al decir una mentirilla, siempre tiene la precaución de poner el dedo corazón sobre el índice. Esto quiere decir que está obligada a mentir y este pequeño subterfugio le salva los estados de conciencia acusatorios.

—Diga lo que quiera de mi padre, nadie hace caso a esa envidiosa.

—Nadie, pero dice que está dispuesta a probarlo. —Olga, que ha estado mirando a la ventana, ha visto llegar, mientras decía estas palabras, a Felice. Esta, al ir a dejar la bicicleta, no ha podido por menos de buscar la de Gloria para estropearla. Como venganza le pinchará un neumático.

—¡Oh, fíjate lo que está haciendo! —dice Olga a su amiga...

—¿Qué? —pregunta Gloria, sin darle mucha importancia.

—Pinchando una rueda. Ven a verlo.

Está pinchando una rueda, y no le cabe ninguna duda que es una de las de su bicicleta. Pero ella va a impedirlo y a castigar a la envidibella.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No te preocupes. Vuelvo en seguida.

Corre que le corre, hacia el patio se dirige Gloria, con el ánimo de castigar a la osada que, no contenta con su antipatía, quiere también descubrir su mentira referente a el pretendido papá cazador y quiere además estropearle su bicicleta. Felice, que ha terminado el cometido de poner una tachuela en la rueda de goma de la bicicleta de Gloria, se esconde al verla venir. Gloria la busca inútilmente. La pequeña enemiga se ha esfumado y no aparece rastro de la tachuela, encontrándola, por fin. Pero con tan poco acierto, que en aquel preciso momento una de las profesoras, Miss Annette, que pasaba casualmente por allí, la ha descubierto con el clavo en la mano y en una actitud un tanto sospechosa. Ni corta ni persegosa se imagina en seguida la escena. Gloria está cometiendo una nueva travesura.

—Señorita Gloria —dice con énfasis habitual y su voz engullada— las travesuras, cuando son perjudiciales, demuestran muy poca educación.

—Pero yo no lo hice, señorita Annette...

—Entonces, ¿quién?...

Pero Gloria no es capaz de acusar a nadie, aunque sea a su eterna enemiga. Además, esto le da ocasión de poner el dedo cordial sobre el índice...

—Pues no lo sé. Yo bajé aquí por venir a ver si...

—El decir mentiras agrava la falta mucho más.

—Pero no fui yo —protesta, una vez más, la encantadora Gloria, con un gracioso mohín.

—Vaya usted al aula y escriba docientas veces en inglés: «Las señoritas no deben pinchar los neumáticos de las bicicletas de las otras señoritas»...

—Pero yo no lo hice...

—Vaya a hacer lo que le ordeno...

—Bien, señorita, pero no fui yo...

Gloria está un tanto desanimada por la burla de su compañera, terminada con un castigo enojoso, el de escribir a la pizarra, con lo que a ella le molesta ese ejercicio de brazo y pacien-

cia. Pero, en fin, no queda otro remedio. Allí va... «Las señoritas no deben pinchar los neumáticos de las bicicletas de las otras señoritas»... «Las señoritas no deben pinchar los neumáticos de las bicicletas de las otras señoritas»... «Las señoritas no deben pinchar los neumáticos de las bicicletas de las otras señoritas»... «Las señoritas no deben...» Sólo lleva tres veces. ¡Hasta desclentan!...

Mientras tanto, Felice no ha perdido el tiempo. Contenta al ver que Gloria ha sido castigada, se ha dirigido a su cuarto, acompañada de una amiga, donde ya sabe que encontrará a su compañera Olga. Llama a la puerta en espera del permiso...

—Adelante —dice Olga. —¡Ah, eres tú!

—¿No ha llegado Gloria todavía?

—No. ¿Por qué cierras con llave?

—Contesta ahora a lo que te pregunté el otro día... —dice con voz terminante. —Gloria recibe a menudo cartas de su padre, ¿no es cierto?

—Sí, sí lo es, ¿por qué?

—¿Dónde guarda esas cartas, después de haberlas leído?

—No lo sé. Tengo que vestirme. Déjame ya.

—En seguida las rompe, ¿no es eso?

—Sí, creo que las destruye, efectivamente, para evitar que ninguna niña entrometida como tú entre aquí a buscarlas, como bicicleta hace una semana.

Pero Felice, que ha encontrado una carta de las que Gloria escribe a sí misma, continúa, mostrándosela...

—¿De veras? ¿De quién es esta letra?

—Es de Glo... No lo sé. Lo que sé que esto no es tuyo.

—Ni tampoco tuyo. Es la letra de Gloria en una carta de su padre. ¿Está claro? «Africa es un país lleno de encantos y de sosiego» —lee Felice—, esto es lo que decía también la carta de su padre, que nos leyó últimamente. (Porque bueno es advertir que Gloria, carta que se escribe ella misma, carta que lee a todo el colegio, como si efectivamente la hubiese recibido de su imaginado padre).

—Bueno, ¿y qué pasa?

—Que está escrito de su puño y letra.

—Pueden tener los dos la misma letra. Algunas chicas se parecen a su padre y otras se em-

peñan en imitar su letra, y si Gloria...

—Cállate, y no digas estupideces... —dice la acompañante de Felice.

—Apuesto a que el tan famoso padre de Gloria no ha matado nunca ni un mosquito.

—Pues su retrato bien lo prueba.

—¿Te refieres a ese trasto? No se le puede ver más que de espaldas.

Efectivamente, en la fotografía que Gloria se ha procurado de su fingido padre se ve a un cazador de espaldas, con el rifle a punto y disparando sobre un magnífico rinoceronte.

—¿Por qué no se puso de frente para que le veamos la cara?

—Eso demuestra tu cultura en lo que se refiere a caza mayor. Si se hubiera colocado de frente, no hubiera matado al rinoceronte, si no que el rinoceronte le hubiera matado a él.

—Todo esto son cuentos de Gloria, pero esperad que reciba otra cartita, y entonces veremos qué nueva historia inventa.

Una vez sola, Olga se afana en correr a avisar a Gloria de lo que pasa con Felice. Es necesario atajar pronto la cuestión, si no se quiere que la envidiosilla

arme un revuelo entre las compañeras del pensionado.

Gloria continúa dándole a la pizarra, con mejor humor ya. Los duelos con pan son menos... Además, sólo le faltan ya muy pocas frases para dejarlo listo. Así que está de muy buen humor y entona, en baja voz, una de sus inimitables cancioncillas... Pero Olga la llama por la ventana...

—Felice está ensartando mentiras sobre las cartas de su padre por todo el colegio.

—¿Qué?

—Dice que las escribes tú misma...

—¿Cómo puede decir eso?

—Son unas mentiras fantásticas...

Se han oído pasos. Es necesario retirarse en seguida de la ventana. Fingiendo un candor que en aquel momento está muy lejos de sentir, Olga se esconde bajo la ventana, mientras Gloria continúa en la pizarra sus ejercicios de castigo. Es la profesora Miss Louise la que entra en la clase.

—Estoy contentísima de verla a usted en la pizarra cumpliendo su obligación. Pero ¡Olga! no se esconda y cierre la ventana...

Gloria, en cuanto acaba el castigo escapa corriendo a ver a su amigo Pierre. Pierre es un viejo

que sirve para todo. Lo mismo maneja el fuello de la iglesia del lugar, que saca las ovejas a pastar por los prados, que guía el coche a la estación y canta las típicas canciones del Tirol, vestido con los trajes pintorescos de la región. Así lo encuentra Gloria, mientras ensaya, con más voluntad que fortuna, una de esas canciones que resuenan en los valles con agradables ecos, cuando están bien cantadas... Pero cualquiera le quita la ilusión al viejo...

—¡Pierro! ¡Pierro...!

—¿Qué te parece? ¿Lo hago bien...?

—Muy bien.

—Es que esta noche tengo que dirigir el Orfeón.

—¡Oh, le felicito!

—¿Dónde está tu padre ahora?

—En Africa.

—Veamos en qué parte del Africa.

—En la Costa de Oro. Nos hace falta para las cartas un sello de diez francos. Hay que tener cuidado.

Pierre es el confidente de Gloria. Sabe de antemano todas sus mentirijillas. Y la ayuda en engañar a las muchachas del Instituto con sus sellos de todos los

países y porque tiene por esta pequeña traviesa una simpatía sin límites y un afecto profundo. Pierre es, pues, quien lleva las cartas del padre de Gloria que ésta escribe, al Instituto, entre el correo habitual.

—Dame la carta.

—Aun no la he escrito.

—¿Qué?

—Que aun no la he escrito.

—Pero si hace tiempo que escribes a tu padre todos los sábados —exclama extrañado el campesano Pierre.

—Sí, ya lo sé. Pero hoy la tiene que escribir usted. ¿Quiere?

—Sería una falsificación...

—Nada de eso. No ve que se la dicto yo misma.

—Déjame pensarlo durante unos días y después que lo haya pensado no lo haré tampoco.

—Es que yo he de recibirla cuando llegue el colmillo del elefante —exclama suplicante Gloria con una expresión que nos hace prever que el viejo Pierre va a acceder muy pronto.

Es un asunto de vida o muerte.

—Tengo una gran idea. Cursar un telegrama matándole en Africa.

—¡Oh, no! Ahora no puede morir. Necesito de él. Todas las muchachas hablan de sus padres

—dice Gloria con tristeza que pone algo angelical en su bello rostro— y yo no puedo.

—Pero tú tienes madre. ¿No podría hacer algo ella?

—¡Oh! No, no. Yo no puedo hablar de ella.

—Todas las chicas lo hacen—dice Pierre, remedando con gracia el acento de las colegialas—. «Mamita vino aquí, mamita se fué allá. En París compró un sombrero». Y así, de cuando en cuando, cuentan todo lo que hacen. Verdad que eso no es tan emocionante como cazar leones en África... Además, yo no puedo escribir bien. «Me tiembla el pulso».

—Les diré que mi padre ha cogido unas fiebres.

—Es que haciéndolo tú—repite aún el pobre y ya vencido Pierre, resistiendo, inútilmente—describes un bello sueño, pero si yo lo hiciera sería una mentira indigna.

—¡Ah! allí está, sin embargo, la panacea de la divina Gloria...

—Pero haciendo así con los dedos, significa que se hace sin querer...

—Pero haciendo eso, ¿cómo voy a escribir...?

—Puede usted hacer las dos cruces con la mano izquierda.

Mire, así. ¿Verdad que lo hará...?

Claro que lo hará. Como que desde el principio está vencido el buen Pierre ante la mirada angelical de Gloria... Y ésta le dicta, ensopadamente, palabras de afecto, de concentrada ternura, como las que toda buena hija le dice a su padre demostrándole su inmenso cariño...

CAPITULO III

Las campanas de la iglesia han elevado el vuelo y resuena por todo el valle el glorioso eco de la fiesta religiosa que llama a los fieles a la oración. Las educandas, con sus bonitos impermeables, se dirigen hacia el templo a rezar al Señor. También los muchachos del vecino Internado para adolescentes del sexo masculino, se dirigen al templo. Uno de ellos, un muchacho imberbe que sueña aún con los juguetes, pero a quien los encantos de la pequeña Gloria le traen encandilado, se pone rojo como una grana al verla. Su compañero de fila la señala.

—Mira, la chica que te gusta.

—No hables así—dice Tommy, que es el muchacho enamorado de Gloria—. Pueden los otros oírte y...

—Qué más da. Es una chiqui-

lla muy linda... ¿No te has declarado aún a ella?

—Ni me he declarado ni pienso hacerlo. Es que me gusta como canta...

También Gloria había reparado en el muchacho por quien siente una viva simpatía. El pavo se le ha subido en tal forma que hasta su compañera le inquirió la causa.

—¿Tienes valentura? Estas muy encarnada.

—Es que hace mucho calor. La lluvia, quizás.

—Mira ese chico te hace señas.

—Pues no mires... Bueno, ¿quién era, el de la derecha o el de la izquierda? —pregunta la impaciente, mientras mira con el rabillo del ojo.

Dentro de la iglesia, los dos muchachos han subido hacia el coro con la esperanza de encontrar a Gloria, aunque el compañero de Tommy ha tenido que portar mucho para vencer la timidez de su amigo. Allí está Pierre, quien les saluda, mientras le da al fuelle, con el cariño de siempre.

—Buenos días. Necesitan un voluntario que le dé al fuelle del órgano. Es para mi amigo Tommy.

—Pero si yo no sé hacerlo.

—No seas modesto. En todo Norte América no hay quien le gane en darle al fuelle...

—Pero si yo no...

—Bien. Sube cuando quieras. Yo voy en seguida; mientras tanto puedes ir haciendo un poco de práctica...

Y gracias a la estratagema, el americanito Tommy consigue subir al coro donde quizás halle a su platónico amor. Efectivamente, no tarda en verla llegar. Pero su timidez es tan irresistible que se esconde tras una puerta. Pero Tommy no contaba con el polvo acumulado allí, que le hace estornudar en el preciso momento en que pasaba su estimada Gloria. Ya está frente a ella. Hay que afrontar la situación como un hombre. ¿Quién dijo miedo?

—¡Jesús!

—Gracias. Es el polvo de allí dentro. Hay mucho polvo por aquí...

—Sí, hay mucho polvo —dice Gloria a quien el azoramiento no la deja casi hablar.

—¡Eh! hoy tengo que darle al fuelle...

—¡Ah! Darle al fuelle...

—Sí...

—Yo quisiera decirle algo. Se trata de mí y usted. ¿Querria to-

mar chocolate conmigo en la confitería, el próximo lunes?

—Bueno... ¿mañana?

—Sí, mañana precisamente estoy libre por haber explicado con éxito en clase la vida de Napoleón. Sus compañeras van a visitar la Exposición. Si usted pudiera, me gustaría tomar juntos chocolate con bizcochos; mi nombre es Tommy Grey; nací en Estados Unidos, en la parte Sur de California, cerca de México.

—En California. ¿Cerca de Hollywood? ¡Oh!

—Lo siento...

—¿Lo siento...?

—No es que yo siento el haber nacido en San Diego. Es una ciudad muy linda y a veces con mi hermano he ido a Hollywood, a ver los estudios. Lo que siento es haber cometido la osadía de pedirle a usted que tome chocolate conmigo.

—¿Cree usted que hizo mal?

—Sí. Perdóneme.

—Sin embargo, me encantaría oír contar cosas de Hollywood.

—Yo estoy al corriente de todo eso porque recibo muchas revistas de allí. ¿Usted es americana, no es cierto? Harry fue quien me lo dijo. Es mi compañero de cuarto y es inglés.

—La mía es Olga y es de Sue-

cia. ¡Oh! Me parece que alguien sube. Hasta mañana. Tendré mucho gusto en oírle a usted cosas de California. Adiós. A las tres en punto.

Tommy se dirige ahora, temblando de emoción, hacia el órgano. Allí está Pierre aguardándole para que le ayude a dar al fuelle.

—Pero qué te pasa, chico. Tienes la cara igual que un tomate. ¡Si lo supiera el buen Pierre! Es una emoción desconocida. Una emoción que ni él mismo sabe qué nombre daría. Mientras tanto, el coro ha elevado su canto, majestuoso, místico, divino. El Ave María de Gounod se esparce por los ámbitos de la iglesia, arrobando los corazones y traspasándoles en un éxtasis delicioso. Gloria entona con su voz bien timbrada, el himno a María, llena de gracia entre todas las mujeres. Las notas del canto religioso al pasar por la garganta fresca, dura, de la angelical muchacha, adquiere una nueva dulzura, y uno, por un momento, parece transportado a una región habitada por seráficos espíritus. El órgano, con su ritmo armonioso y monótono, acompaña la gracia de Gloria y en todos los corazones se elevan alabanzas a la Vi-

gen Madre, para que ruegue por nosotros.

CAPITULO IV

Volvemos otra vez al Internado. El cuarto de Gloria y de Olga se halla atestado de muchachas. Gloria está dando lectura a la última carta de su «Padre», que acaba de recibir aquella misma mañana. La expectación es grandiosa, si exceptuamos a Felice que no cree ni una palabra de todas aquellas paparruchas.

—«Con sesenta nativos sin contar nuestros cazadores, componíamos una verdadera partida —dice Gloria continuando la fantástica lectura—. Al terminar habían caído en nuestras trampas tres elefantes y aquel que me había acometido estaba muerto. Te envío uno de los colmillos. Esta noche emprenderemos una gran batida, a fin de atrapar los leones que se comen a los hombres del poblado, cuyo Jefe es amigo mío...»

Pero Felice, muy avispada, se ha dado cuenta de que la carta no tiene la misma letra que las anteriores. Además, se había apoderado de la fotografía en que está el pretendido padre de Gloria y la había sacado del marco.

Lo que atrás venía impreso, es tan gracioso, que esperaremos a que acabe su lectura Gloria para explicárselo a los impacientes lectores.

—«A nuestro regreso volveré a escribirte con más detalles. Buenas noches, mi querida hijita, y recuerda siempre que estoy pensando en ti con la esperanza de verte muy pronto. Te adora, tu padre...»

Todas las educandas, menos Felice, por supuesto, están contentísimas. Ellas también quisiéran un padre que cazase elefantes y que les contase cosas más sabrosas que las que les cuentan los suyos.

—«Es este el retrato de tu padre? Pues es una fotografía original del elefante que usa para su propaganda la fábrica de quesos Jumbo. Mirad, muchachas, es la marca de una fábrica de quesos.

El revuelo es enorme. El prestigio de Gloria está a punto de desaparecer. Pero Mentirosilla no se arredra ante nada. Total es cuestión de poner un dedo sobre el otro y...

—Es que mi padre capturó ese elefante para esa marca. Siempre vende los que logra cazar con vida a los parques zoológicos o al

que tenga el capricho de un elefante...

—¿Con que caza elefantes para una compañía de quesos?—replica con ironía Felice—¿Cuál es su nombre, Ronald o Roquefort? Apuesto a que el tuyo es la Señorita Gruyère. Gloria Gruyère, es fonético, pero huele a queso...

El ambiente está muy caldeado. Se presiente que Mentirosilla está perdiendo terreno. Aquello no puede continuar más.

—Lo que tú tienes es envidia...

—Oh, no hacemos más que analizar tu árbol genealógico, Señorita Gruyère. Algunos de tus parientes son muy fuertes, ¿no es cierto? Pero no te preocupes, tu padre es entre todos los quesos, el más fuerte que sale al mercado y esto lo prueba.

Gloria ya no puede más. Sus compañeras se ríen ya de ella. Es necesario, pues, reconquistar el terreno perdido. Sus dedos ya no le sirven para nada. Pero sí sus puños. Y aquella fotografía puede...

CAPITULO V

«No puede hacerse comer fotografías a las señoritas...» «No puede hacerse comer fotografías a las señoritas...» «No puede hacerse comer fotografías a

las señoritas...» Aun le faltan ciento noventa y siete, pero está muy contenta. Por fin, le demostró a aquella deslenguada de Felice, quién podía más en la escuela. Pero es necesario ver a Olga. Por allí pasa. La avisará.

—Olga. Ven un momento. Entra.

—Ya sabes que está prohibido —dice Olga saltando, sin embargo, por la ventana—. Yo no debería estar aquí. Estás castigada.

—Bien, ya lo sé. ¿A dónde ibas?

—Vamos a visitar la exposición.

—Tú no tendrás ningún interés en ir, ¿verdad?—Y es que Gloria recuerda que tiene una cita con Tommy e insiste en que se quede en su puesto Olga. Se trata de un asunto de vida o muerte, dice Gloria cruzando los dedos. Es necesario que Olga se quede en su lugar y escriba las frases en la pizarra. Pero Olga se resiste. Si se descubre el pastel, el castigo será muy grande.

—Por Dios, Olga, atiende. A las tres tengo una cita con él, y ya debe ser casi la hora. Y si no le veo quizás no tenga ocasión de saber de mi madre. Si llego tarde me expongo a que se haya ido.

—Pero, ¿quién ha de irse?

—Oh, pues, verás (¡dedos, ayu-

dadme!) mi padre... No digas nada. Es un secreto. Lo decía en la carta en una postdata que no os lei. Estará sólo una hora y tengo que ir a recibirle a la estación. ¿Te quedarás en mi puesto?

—Muy bonito, muy bonito —exclama la profesora Annette, que ha sorprendido la escena, viendo cómo se desobedecen las disciplinadas de la casa.

—¿No sabe usted que está prohibido hablar con las señoritas castigadas?

No hay excusa que valga para justificar la falta de disciplina de Olga. Pero ésta no se aviene a ser castigada sabiendo que hay, a su entender, una razón que lo explica todo, según le acaba de comunicar su propia amiga. Por lo tanto, ni corta ni perezosa, le explica a la profesora, con el natural apuro de Gloria, la llegada del padre de ésta. Para Gloria, la imprudente y natural justificación de Olga para no ser castigada, ha venido a complicar el pequeño enredo a que se ha visto llevada por sus continuas mentiras. Ahora, si que es buena; nada ni nadie la podrá sacar de ese atoladero. Porque la profesora, al solo anuncio de la pretendida llegada, ha echado rienda suelta a su entusiasmo, y ha perdonado

a Olga del castigo de escribir en la pared, durante las consabidas doscientas veces, «Las señoritas no deben ver a las compañeras que cumplen castigo». No sólo la perdonó, sino que se le da a Gloria la tarde de permiso para que vaya a recibir a su adorado papá. Para Gloria aquello pasa ya de broma; si Dios no lo remedia, allí va a suceder algo que ni entraba en sus mentirosillas cuentas. Pero, en fin, a mal tiempo, buena cara, y a arrostrar lo que viniere. Por de pronto, era necesario ver a Pierre. El, con su experiencia, le indicaría el mejor camino a seguir. Este la recibe con su natural cachaza.

—Con que viene papá, ¿eh? ¿Sabes si trae algún elefante?

—No viene nadie, y usted lo sabe muy bien —dice consternada la pobre Gloria.

—Claro que lo sé. Pero, ¿lo sabes tú igual? Ya te dije que ese sueño se te iba a convertir en pesadilla. Pero, en fin, ¿qué vamos a hacer? —dice el viejo sorro empujando las riendas del coche, ya preparado para ir en busca del papá soñado de la pispireta joven.

—Bueno, pasa por la estación y luego llévame a la confitería. Me esperaré allí y nadie sabrá

nada. Además —y esto lo va reflexionando mientras el coche se encamina hacia la estación— tengo allí la cita con Tommy, que, a buen seguro —y así era, en efecto— ya me estará esperando.

—Bien, señorita Gloria. A la estación vamos. Pero en la próxima carta, en vez de ser tu papá el que mate al león, será el león el que mate a tu papá. ¡Arre, arre!...

Y allí va, camino de la estación, Gloria, animada con la esperanza que nadie descubrirá esta nueva mentirijilla y dispuesta a pasar una agradable tarde con su amigo Tommy, quien le debe tener preparada una de esas meriendas con chocolate y dulces que a ella tanto le gustan. El camino de la institución femenina hasta la estación, es corto. El coche, tirado por un brioso corcel, lo cubre en pocos minutos. La estación es, como todas las estaciones del lugar, limpias y bien acondicionadas y por su situación reciben al viajero con la alegría de mostrarle desde el lugar los bellos panoramas de la incomparable Suiza. Gloria con el hermoso manojo de flores que le han preparado para dar la bienvenida

a su papá, salta al arroyo a su llegada a la estación.

—Ahora entraré un momento en la estación para deshacerme de estas flores. Vuelvo en seguida.

—Tú deshazte de las flores y cuando lleguemos a casa escribiremos una carta deshaciéndonos del padre.

Lo primero que hace Gloria, una vez en el andén, es darle las flores... No, no, debe recuperarlas. Allí están, contemplándola con ojos inquisitivos, todas las educandas del colegio, capitaneadas, naturalmente, por Felice, que quiere contemplar el hundimiento definitivo de su rival. ¡Y que no se ha dado maña Felice para lograr que todas las compañeras pudiesen llegar a la estación para contemplar el fracaso de Gloria! Hasta la misma Gloria presiente que de aquel lío no hay quien la saque. Ni sus mentiras, ni sus deditos la van a ayudar esta vez.

—¡Hola! ¿Qué hacéis aquí?

—En realidad, Gloria estaba desahogado que se desencadenase un huracán.

—He tenido que decirles la verdad —le explica su amiga Olga, que es más inocente de lo que ella misma se piensa. Especial-

mente a esta— continúa señalando a Felice.

—Tengo curiosidad por ver cómo es un intrépido cazador de elefantes...

Ya no hay remedio. El tren ha entrado en agujas. Gloria ve la partida perdida y su nombre puesto en entredicho por sus compañeras. ¿Pero es que no va a poder vencer por ningún medio a su rival? Es cuestión de obrar rápido... El tren ya se ha parado. De él empiezan a descender los primeros viajeros. Pronto, la estación es un hervidero de risas y conversaciones. Las educandas bullen inquietas ante la tardanza, justificadísima, aunque no para ellas, del héroe de las grandes cacerías africanas. Gloria está nerviosísima. Sus catorce años, lindos, soñadores, van a experimentar por vez primera, la amargura del fracaso. No, alguien la sacará de este aprieto. Cualquiera de los viajeros que descienden del tren le sirve para el caso. Sólo falta que él se avenga a la comedia. Pero ella lo convencerá. Aquel que ha bajado, con pose altiva, y lleno de maletas, que viene discutiendo con el mozo de la estación, le servirá para el caso. Pero éste no es más que el mayordomo de Richard, uno de los me-

jores compositores modernos, que acaba de descender, con toda la seguridad que da la madurez, de un vagón de primera. Richard tiene una cara simpática, que atrae a primera vista. Además, su elegancia, carente de afectación, hace que nos sintamos ante él seguros de su amabilidad exquisita que trasciende al momento. La sorpresa de Richard es inaudita, al ver acercarse a la linda joven, quien cogiéndole por el brazo, muy cariñosamente, le da la bienvenida a Sukka. Richard se muestra perplejo ante la actitud de Gloria. La verdad que en su vida le había sucedido un lance semejante. Sospechando una broma, quiere zafarse de la deliciosa importuna; pero Gloria no lo permite. Y cómo lo va a permitir, si allí están espiándola sus compañeras, con la desconcertada Felice a la cabeza! Es necesario seguir la farsa, a cualquier precio.

—Es una vieja costumbre suiza. Aquí siempre damos la bienvenida al viajero de aspecto más distinguido que baja del tren. (Aquellas importunas compañeras, aun estaban allí, clavadas como un poste). Y ahí fuera tengo un coche esperando para enseñarles el pueblo y llevarlos a donde quieran ustedes ir.

Gloria ha empleado para estas palabras su acento más persuasivo. Tanto que Richard, pese a parecerle raro semejante agasajo, accede a él confiado en la simpática naturalidad de aquella deliciosa criatura. ¡Con que al coche! Cuando menos tendrán alguien que les acompañe por aquel lugar desconocido. Pierre, al verlos venir, se queda maravillado. Pero, ¿qué nueva intriga habrá urdido aquel pequeño diablillo, lleno de exquisita feminidad?

—Aquí estamos. Pierre —la sonrisa de Gloria es de circunstancias. Pero no hay duda que hasta el presente, todo le está saliendo divinamente. Las compañeras han quedado convencidas y la envidiosa Felice está más que corrida por el ridículo sufrido. Va, pues, contenta y dichosa, con aquel papá que le ha enviado la Providencia.

—Temo, señorita, que le estamos dando las grandes molestias.

—¡Oh, no, no! Nada de eso. Tengo un gran placer en darle la bienvenida, señor.

Allí están las educandas, que claman alborozadas por el triunfo de la simpática compañera. No todas, sin embargo.

—Mister Harkinson —grita Felice, que no se resiste a perder y

conserva aún una esperanza. ¡Bienvenido, mister Harkinson!

Es necesario que aquel señor tan simpático se dé por aludido. Si no Felice sospechará la verdad. Gloria pone ahora su expresión más inocentona.

—¿Querria saludarles usted con la mano? Están esperando que lo haga.

—Mister Harkinson... Mister Harkinson...

Por fin, se decide a saludar el padre postizo. Ahora sí que el triunfo ha sido completo. La felicidad colorea la faz mimosa de la ideal Gloria. A poco, comienzan las preguntas. A Richard le sorprende que una americanita esté designada por la tradición suiza para dar la bienvenida a un inglés. Gloria se entusiasma al saber que Richard es inglés, que ha visitado América y que se llama Richard Todd. Ella es Gloria Harkinson, tan joven como preciosa. Han llegado ya al Hotel. Gloria, cuando se despide ve asomar por la entrada del edificio la figura de Felice, que no está contenta con las evidentes pruebas y quiere cerciorarse por sus propios ojos lo que hay de cierto en aquel parentesco. Es necesario continuar la farsa. Gloria se empeña en acompañarles hasta el ascen-

sor. Aun intenta un diálogo, que, desde lejos, pueda parecer una despedida afectuosa. Pero éste diálogo, le intranquiliza tanto como la presencia de Felice. ¡Caramba, que contrariedad! Richard ha venido a Effelberg nada menos que por cinco días y por mucho que insiste en las bellas superiores de Interlaken, lo que hace extrañar a Richard, pues no es corriente que se elogie a un competidor turístico, el compositor, ya que resulta que nuestro simpático viajero es compositor, continúa en sus trece de quedarse durante ese tiempo en la pequeña ciudad ciura. Por fin, se despide de Richard Todd, compositor, inglés, y simpatísimimo caballero. Ahora a quitar de enmedio a la intrusa Felice, que se ha dirigido al director del hotel, a buen seguro para informarse de lo que no le interesa a Gloria que se sepa. Pero nuestra gentil mentirosilla, que para todo posee un especial instinto, ese especial instinto que poseen todas las bellas mujeres, adivina lo que Felice se propone y llega a tiempo de hablar antes que su rival, y, por lo tanto, de evitar una catástrofe.

—Mister Harkinson desea que no le llamen hasta las ocho. To-

das las cartas dirigidas a Mister Harkinson, sean de quien sean, se las han de dar a Mister Todd.

—Ah, ya entiendo, señorita, cáta aquí de incógnito.

—Sí, de incógnito. Y me encargó mucho que no dejen pasar a ningún periodista. Ahora, Felice, ya puedes preguntar lo que quieras.

Y Gloria, triunfante en toda la línea de la pequeña envidiosilla, se aleja contenta y satisfecha de su buena suerte y del talento que posee. Ahora, es necesario ir a la chocolatería, donde el pobre Tommy que, antes, les ha visto pasar, debe estar consumido de tanto esperar. Pero no hay nada que dé tanta resistencia, como esos amores de los primeros años. Allí está Tommy esperándole y sin dar muestra del más pequeño cansancio. Después de los saludos de rigor, más afectuosos que los del otro día, pues ya se ha roto el hielo que les hacía azararse a los dos, Gloria le explica que el hombre que iba en el coche con ella era su padre; que no es posible quedarse más tiempo, porque la deben estar esperando en el internado, y después de haber aceptado, tras algunos titubeos, una espléndida caja de bombones de frutas y de crema, que son sus



Olga es la confidente de los pequeños secretos de Gloria.



Richard con su almpatía y elegancia, cautiva desde el primer momento la atención de Gloria.



Es un día de sol, de aire puro, de alegría, Gloria cuenta a sus compañeras una de sus mentirijillas.



Pierre, el buen Pierre, piensa la manera de sacar del atolladero con que se encuentra metida nuestra simpática heroína.



...persegui al elefante, día tras día, a través de las montañas...—explica el celebrado compositor.



Richard, cuyo corazón rebosa ternura, besa con ansia infinita la frente serena de nuestra pequeña.



Al ser requerida por el vigilante del tren, Gloria saluda con ademán aparentemente amigable.



...y un abrazo une a aquellas dos mujeres, a quienes la vida inquieta de Hollywood, había separado cruelmente.

preferidos. Gloria se marcha hacia el pensionado, mientras el tímido Romeo se queda tomando un doble de chocolate con soda.

CAPITULO VI

La caja de bombones que le ha regalado Tommy a Gloria está siendo el banquete de todas sus compañeras. Entre felicitación y felicitación por el padre tan agradable que le ha deparado la suerte, las chicas no están dejando ni uno solo de los ricos bombones que ha traído Gloria. Las preguntas de las amigas se suceden con inquietantes visitas a la caja de bombones. Hoy, sin embargo, Gloria puede darse por satisfecha. Todo le ha salido a las mil maravillas y puede decirse que ha conquistado la popularidad eterna del colegio. Además su eterna enemiga, Felice, se halla tan derrotada que apenas si alguna mocosa le hace caso. Día de triunfo, debido todo al arte prodigioso de sus dedos, que atempe le ayudan a salir adelante en los más difíciles trances. Por lo tanto, pueden comerse sus bombones queridos en aras de las horas deliciosas que está pasando. Pero el ojo vigilante de la

maestra no descansa. Allí está otra vez para cortarles la digestión a las niñas. La señorita Annette no sospechaba que Gloria estuviese ya de vuelta. Es necesario que vaya con ella a la dirección. Allí se encaminan, encontrando a la profesora Louise.

—Queremos ver a su papá para contarle los grandes progresos que hace usted en el colegio. Le hemos mandado aviso...

—Ah... ¿de veras? ¿Le mandaron aviso?

—Sí, se lo mandamos, y en el Gran Hotel no sabían quien era. ¿Acaso desea guardar el secreto de su estancia aquí?

—Sí... está aquí... de incógnito. Usó sólo un pseudónimo, Mister Todd. Richard Todd.

—Ah... ahora lo veo todo claro...

—No creo que deban llamarle, quizás no le interese que...

—¿Cómo no ha de interesarle su hija...?

—Verá. Es el caso que él sólo ha venido a descansar. Los asuntos de familia le trastornan y le perturban (Gloria hacía rato que había puesto su dedo encima del otro).

—Oh, entiendo. No tienes que darnos más explicaciones, pobre.

niña.

—Nosotras seremos la esencia de la discreción.

—Pues bien, muchas gracias...
¿Puede retirarme...?

Gloria sale de la Dirección previendo grandes riesgos al el papa compositor no se le ocurre tocar las de Villadiego, lo antes posible.

Pero Richard Todd no parece de la misma idea. Por lo pronto, se ha instalado en el Hotel con toda comodidad que éste le ofrece. Trippa, su secretario, ama de llaves, mayordomo y amigo, según los casos, es quien se ocupa de todo. Ahora mismo, está hablando con el Director del Hotel inquiriendo, extrañado, por dos señoritas que habían telefonado preguntando por el señor Todd. El director le conduce ante ellas.

Son las dos profesoras del Instituto que vienen a invitar a comer al señor Todd. Trippa se muestra sorprendido. Estupefacto, cuando las profesoras le indican que si el señor Todd aceptase daría una gran alegría a su hija. ¡Qué ingratitud! Veinte años a su servicio y no le había contado aquel pequeño detalle. Esto era superior a sus fuerzas. No podía seguir al servicio de un señor que no le tenía depositada su absoluta confianza. Despidiéndose de las señoritas profesoras,

se dirige a su cuarto, en donde entabla un diálogo con la persona que se refleja en el espejo cuando él se mira.

—Lo siento mucho pero tendré que dimitir. No discuta conmigo. Las cosas han llegado a un punto imposible de solución. Trippa, ¿no pensarás en dejarme? Si, señor, lo pienso y muy seriamente. Yo debo ser su secretario de confianza, tanto como su sirviente, y, ¿lo soy? No. Tiene usted una hija internada secretamente en una secreta Institución. Si, Trippa, pero hay cosas. Ni bien Trippa, ni nada. (A todo esto Richard ha aparecido en el cuarto de Trippa y se está haciendo cruces con la excusita que está presenciando.) Ni se mueva —continúa el maníático criado— cuando me dirijo a usted. Yo soy un hombre digno. He servido siempre a gente honorable. Y si no lo han sido del todo, a lo menos me han confiado sus flaquezas. Yo he gastado...

—Pero, ¿de qué estas hablando, que yo me entere?

—De sobras sabe usted de lo que estoy hablando.

—¿Qué te ocurre, Trippa? ¿Qué decías de una niña?

Y Trippa le explica, punto por punto, toda la conversación con-

tenida con las señoritas profesoras, que llena de perplejidad al apuesto Richard, quien desde que ha llegado a este bendito país le están sucediendo las cosas más extraordinarias. Pero, en fin, debe acudir a la invitación para deshacer de una vez y para siempre el equívoco en que le han colocado las educandas de aquel maldito Internado.

CAPÍTULO VII

Pero las educandas de aquel Internado, como piensa el aplaudido compositor y padre llorado del cielo, están la mar de contentas, porque la señorita Louise les acaba de comunicar que la clase se da por terminada antes que otros días.

—Ello se debe a que deseo que estén todas listas cuando suene la campana de la comida. Tenemos un invitado. Un honorable y distinguido invitado. Un hombre del que habéis oído hablar mucho. Gloria Harkinson... tu padre.

Una ducha fría que le hubiesen dado a Gloria aquel momento no le hubiese causado la mitad de la impresión que aquellas palabras de la señorita Louise. Esto sí que estaba bueno. No, si cuan-

do ella se temía que aquello acabaría mal...

—Y ahora, nonita, ven conmigo. Ven conmigo. ¿Qué te parece? Tu padre se pondrá muy contento. Mira, allí están la señorita Annette y Pierre. Te noto un poquillo nerviosilla. ¿Qué te pasa?

—Sí, es decir, no. Es la emoción natural. Es que mi padre es muy tímido y temo que no venga.

—Tiene razón la señorita — dice Pierre, metiendo la baza, para echarle un cable a Gloria —. ¿Por qué no vas a buscarle al hotel?

Sí, esto sería una solución, pero las profesoras se oponen. Además por el sendero se ve llegar a un hombre que, por las trazas, debe ser el padre de Gloria. Esta echa a correr como alma que lleva el diablo, para salir a su encuentro. Ha llegado la hora de las explicaciones difíciles.

—¡Ah...! Es usted. Esperaba hablarla.

—Siento mucho lo que pasa pero quiero explicárselo todo...

—También yo siento lo que pasa — dice Richard, para quien la broma de la niña tiene visos de muy mal gusto — pero no tardaré un minuto en explicarlo todo.

—Puede creer que lo hice sin

querer — exclama la compungida Gloria. — Todas las chicas estaban en la estación y yo les había dicho que llegaba mi padre...

— Eso no me interesa...

— Pues debe interesarle. Yo tuve que inventarle a usted.

— ¿Inventarme?

— Si, tuve que inventarle... Como yo no tengo padre y no puedo hablar con mi madre pues tuve que inventarme a un padre y como usted llegó entonces, pues le tocó a usted.

— Ah, me tocó. Señorita, ¡yo no soy un padre postizo!

— No tiene que serlo. Es suficiente con que se vaya de aquí.

— Hasta que lo aclare todo no me irá.

— Yo le suplico que se vaya enseguida. Es asunto de vida o muerte. Me echarán del colegio. Averiguarán que la historia que conté de mi padre no es cierta...

Pero nada conmueve al impertinente Richard. Ya no es posible, por lo tanto, resistir ni suplicar por más tiempo. Gloria, con los ojos borrosos de lágrimas, ve cómo llegan las profesoras, que les acogen sonrientes. Todas las educandas se hallan formadas en fila para recibirles.

— Bienvenido a esta casa, señor Harkinson.

— Desearía que no me llamase así.

— Disculpeme; había olvidado que viaja usted de incógnito. Señoritas, tengo el honor de presentarles al papá de Gloria.

— Antes de que siga usted adelante creo que hay algo que conviene decir. Este honor que ustedes me hacen no me pertenece — continúa diciendo Richard, dispuesto a revelar la verdad. Pero, afortunadamente, al ver a Gloria, existe retratado en la cara de esta tal vergüenza y sufrimiento, que el señor Todd, o Mister Harkinson, según los gustos, no se atreve a dañar a una inocente criatura, que sólo ha obedecido al capricho de una mentira sin maldad.

— Este honor que ustedes me hacen no me pertenece, porque me doy cuenta de que sólo es por reflejo de mi hija...

Es para verla y no para contarlo la cara de satisfacción que ha puesto Gloria. La verdad es que siempre se salva por un pelo esta niña mimada por la fortuna. Y eso que esta vez ya se creía naufragada para siempre. Pero ya decía ella que Richard Todd, a quien una sola mirada le bastó para comprender que era un hombre simpatiquísimo, no podía de-

jaría en la estacada. Richard Todd era «su papá» simpático, apuesto, elegante, como lo hubiese sido su pobre padre de haber vivido. La comida estaba lista. ¡A comer, pues! La velada se desarrolla en un ambiente alegre y de franca camaradería, que llenan el alma de Richard de nostálgicos recuerdos. En verdad que ha hecho bien en salvar a aquella niña tan encantadora de una segura expulsión. Pero a la hora de los discursos se ennegrece el panorama, pues todas las educandas pretenden que Richard les cuente sus fantásticas aventuras.

— Esperemos que la comida le haya satisfecho. No sabemos lo que comen los exploradores, acostumbrados a vivir en la selva.

— Oh, simples bagatelas. Filetes de pingüino y de foca. Costillas de osos polares.

Pero Felice siempre atenta, ha oído la contradicción espantosa...

— ¿En Africa comían carne de foca y de osos polares?

Pero allí está Gloria para hacer un quite con su gracia especialísima.

— Oh, no, no, eso es cuando coma en el Polo, ¿verdad que sí?

— Sí, ya... claro... en el Polo

Norte. En Africa no hay osos polares, jovencita.

Felice tiene que morderse la lengua, pero ya le llegará su día... No hay que perder la esperanza de que así suceda.

— Eso lo sabe todo el mundo. En Africa comías carne de león, ¿verdad, papá?

— Sólo raras veces. Porque los leones son generalmente duros de pelar. En cambio, la jirafa es deliciosa, sobre todo el cuello... Es el manjar indicado para un buen banquete. Con un solo cuello pueden comer veinte personas...

— ¡Oh! ¿querría usted referirnos cómo dió muerte a aquel rinoceronte?, el que está en el retrato que tiene Gloria.

La pequeña Olga, sin querer, le ha puesto en un aprieto... Pero saldrá adelante...

— ¿El rinoceronte? Pues en aquel instante uno de los dos debía morir... y yo estoy aquí, y él yace en una tumba fría de rinocerontes...

— En un museo, ¿verdad, papá?

— Claro, en un museo...

— ¿Y qué nos cuenta usted del elefante que capturó para la fábrica de quesos...? — pregúntale ahora Felice con la intención de hacerle caer en el lazo.

— ¿Se refiere usted... al elefan-

te para... la fábrica de quesos? que me basta con mirarlos a un

Gloria comprende que de aquel ojo, para que...

atolladero no sale «su padre». Tira al suelo expresamente los cubiertos. Al agacharse, él y ella, a recogerlos, pueden cambiar algunas palabras.

—¿A qué elefante y a qué fábrica se refiere?

—Al de la marca de los paquetes...

—Explíquese mejor...

Pero no pueden permanecer más tiempo hurgando por debajo de la mesa. Es necesario «salir a flote» y contestar como pueda a la pregunta capelosa de Felice.

—Usted deseaba saber lo del elefante de la fábrica de queso... Un paquete...

—¿Qué dico?

—Quiere decir que el elefante era un paquete. Argot de cazador. Los estudiantes dirían que es una papeleta. Eso quiere decir un paquete... También quiere decir salvaje e indomable.

Las gotas de sudor que la cara a Richard son frías. Y aún no se ha acabado todo, porque Felice vuelve a la brega.

—¿Tan salvaje y le dejó a usted montarse en su cuello?

—Esa caza es la más fácil de explicar, porque tengo tal poder magnético sobre los elefantes,

—¿Solamente a un ojo?

—Sí, ~~ven~~. Es imposible mirarle a los dos a un elefante que tiene el uno aquí, en medio de la testuz y el otro al lado opuesto.

Refiera cómo lo capturó.

—Lo perseguí solo, día tras día, a través de las montañas. Hasta que uno de ellos me lo encontró cara a cara. El estaba tomando el desayuno y parecía haberse levantado de muy malhumor. Me situé en uno de sus flancos y le miré fijamente a un ojo. Entonces con un tono especial le dije: «Elefante, ven aquí. Yo soy tu amo». Venía pausadamente hacia mí. «Alto», le grité. Sus pasos se fueron haciendo más lentos, pero seguía avanzando hacia mí. Hasta que nos quedamos fijos cara a cara. Entonces rodeó mi cintura con su trompa y me levantó en alto. Yo cerré los ojos, esperando el momento de ser lanzado por los aires al abismo cuyo fondo era invisible. Entonces noté con gozo que su trompa cedía y caí sobre su cuello. Él alzó los ojos para verme y sonrió. Luego movió la trompa, como la cola de un perro, lanzó un bramido de gozo y me llevó al galope hacia el interior de la selva, conduciéndome

al trono de la blanca princesa...

—¿De la blanca princesa, exclama Gloria, entusiasmada con la imaginación de aquel mentiroso.

—Sí, no te lo había explicado nunca, pero hoy te lo contaré.

El éxito superó las más halagüeñas esperanzas. Este Richard poseía un conocimiento de Salgari, digno de mejor suerte. Se ha acabado ya la cena, Gloria, acompañada al piano por su simpatiquísimo «papá», entona, como ella sola sabe hacerlo, una de esas canciones que matiza con inimitable gracejo. Después, Gloria se lo lleva a su habitación para que vea sus trofeos de caza.

—¿Todo esto lo ha conquistado yo? Me siento orgulloso de mí mismo. Pero creo que te has excedido contando historias.

—Como siempre que las cuento cruzo los dedos... Y esto significa que miento sin querer, pues no tiene importancia.

Van pasando revista a los trofeos. El colmillo de Africa, léase Hollywood, la lanza de Haití, comprada en una tienda de 0'95 en Massachusetts; en fin, van pasando revista a todos los países de los cuales Pierre, viejo coleccionador de sellos, poseía ejemplares de estos.

—Soy un gran hombre. Ayer, cuando llegué a Salza, era soltero, todavía. No tenía mujer ni mucho menos hija. Hoy me he transformado en cazador impetente, en viajero incorregible, en padre de una hermosa muchacha de catorce años, a quien nunca había visto antes y casado con una mujer que, a juzgar, por las señas de la hija, debe ser encantadora.

—Le voy a enseñar su retrato. A nadie se lo enseñé antes. Pero usted es distinto.

Dicho y hecho, Gloria comienza a abrir armarios y sacar llaves misteriosas. A abrir más armarios y a sacar llaves más misteriosas todavía. Hasta que al fin, tras de mucho abrir y cerrar muebles, saca un paquete envuelto misteriosamente. Son los retratos familiares.

—Este era mi padre. Era aviador militar. Murió a poco de nacer yo. No, no, esta niña de seis meses soy yo. Mi madre es esta.

—¿De veras que es esa tu madre? —dice Richard, mirándole los dedos por si acaso señalaban alguna posible mentira, dicha, naturalmente, sin querer. —Pues es muy guapa. Se parece mucho a ti. ¿Cómo se llama?

—Harkinson.

—Ah, lo mismo que yo, vaya. Bien, hijita, ya va siendo hora de que regrese al hotel. Hasta la próxima y que conste que me he divertido mucho desempeñando el papel de padre.

Aún las profesoras cojen a Richard por su cuenta.

—Su hijita es una criatura de gran sensibilidad...

—Es cierto; por la parte paterna, todos sus antepasados fueron muy sensibles y también por la parte de su madre.

—Su madre nunca viene a verla. Sólo manda cheques. Y a toda chica joven le hace falta una madre que cuide de su porvenir...

—Señorita, eso es una gran verdad.

—Entonces, dejará usted que su madre venga a visitarla. Tal vez las condiciones del divorcio son tales que...

—El divorcio, sí.

Mientras tanto Gloria sufre porque su padre no cometa alguna imprudencia que descubra el pastel. Pero nada de eso sucede. La despedida es cordial y la visita de Richard, el papá fingido, termina felizmente y aquella noche Gloria puede saborear el triunfo de su fantasía. Verdaderamente aquel «papá» que le ha-

bía deparado la suerte era de lo más encantador que darse pueda.

CAPITULO VIII

El «papá» está tranquilamente en su hotel, al día siguiente. Ante el piano repasa las últimas composiciones en las que descubre un nuevo significado, una expresión, distinta. Pero ni allí le van a dejar trabajar si continúa la broma, ahora agradable, de la traviesa Gloria. Tripps, mientras tanto, recibe el aviso de la Dirección del hotel, que hay un joven que desea ver al señor. Tripps, el infatigable Tripps, es el encargado, como de costumbre, de ahuyentar aquella mosca. Pero antes se le ha de dar una reprimenda al Director del Hotel por contravenir las órdenes dadas.

—¿No entendió usted cuando le dije que a Mister Todd no debía molestársele antes de la tarde?

—Es que ese joven dijo que era muy urgente el recado que traía.

—¿Dónde está el joven?

—En el vestíbulo.

—Bueno. Para lo futuro recuerde usted que mi señor no está para nadie.

—Está bien, señor.

Tripps con toda la dignidad de

un criado de noventa dólares a la semana, se dispone a despachar al intruso. Este es nuestro amigo Tommy, que ha querido saludar al padre de Gloria.

—¿Y bien, jovencito?

—Tanto gusto, mister Harkinson.

—Yo no soy mister Harkinson. Mister Todd es mister Harkinson. Yo soy su secretario particular y gozo de toda su confianza. ¿Qué asunto es ese tan urgente?

—Es un asunto privado. Un asunto de familia.

—¿Un asunto de familia? Bien, sígame.

Tripps está demasiado escamado con el asunto de la señorita Gloria para mezclarse en los familiares. ¡Allá su amo con ellos! Por lo tanto, acude en su busca, seguido del imberbe jovencito, que, a juzgar por lo prolíficos que son los aires de Suiza, debe ser otro hijo que le ha salido al señor.

—¿Qué ocurre, Tripps?

—Algo importante, señor. Su hijo, señor.

—¿Qué?

—Sin duda, otro de sus secretos...

Aquello pasa ya de castaño a obscuro. ¡Pues estaría bonito que le achacasen la paternidad de

todos los chicos bromistas del contorno. Hasta ahí podíamos llegar. No, nada de eso. Ahora le oíría ese pequeño majadero.

—¿Qué significa lo que ha dicho?

—Ha sido una equivocación. Yo no soy su hijo, señor. Soy Tommy Grey. ¿Cómo está usted?

—Bien, ¿y usted?

—He venido para hablarle de su hija.

—¿Qué hija? ¡Ah, Gloria! Ahora empiezo a ver claro. Siéntese usted.

—Yo... yo... ejem, ejem... yo... es decir, nosotros, Gloria y yo. Yo hablé ayer con ella en casa del dentista. Nos encontramos allí por casualidad... yo estaba... yo estaba.

—Continúe. No fuma, ¿verdad?

—No, no señor, no fumo.

—¿Quiere usted beber algo... un vasito de leche?

—No, no, gracias, no me gusta la leche, pero su hija Gloria me gusta mucho y somos muy buenos amigos y de eso vengo a hablarle a usted. Es el caso... que...

—Oh, no tan aprisa. Según dice, Gloria y usted son buenos amigos.

—Sí. Es decir yo soy un buen amigo suyo y como me voy a marchar, pero pienso volver, he veni-

do a decirle a usted, precisamente, que a mí vuelta...

—Le molestaría a usted que tomase una copita...

—Nada de eso.

—Gracias. Le diré que este es un trance muy serio para un padre. Oh, pero no he fijado una línea de conducta. Sinceramente, señor mío, creo que Gloria es demasiado joven todavía para pensar en el matrimonio.

—No, yo no quiero casarme con ella...

—Ah, ¿no quiere casarse? Siéntese, que este asunto empieza a ponerse grave. Dígame, ¿cuáles son sus deseos?

—Pues como a mí vuelta usted se habrá ido otra vez, y quizás le maten a usted...

—¿Qué?

—Puede que un rinoceronte lo cornea o un león salte sobre su espalda, o quizás un tigre...

—Cierto. Gracias por haber pensado en mí.

—No hay de qué dárlos. Yo sólo deseaba decirle a usted que si muere usted allá, aquí quedo yo y deseo que le diga a Gloria que puede contar con mi ayuda.

—Es verdaderamente consolador. Yo también le recordaré a usted cuando esté tendido en la

selva con un tigre incrustado en mi espalda.

—Gracias, señor.

—De nada. Cualquier cosa parecida en que yo pueda corresponderle, lo haré con mucho gusto.

—Bueno, yo tengo que irme y no tendré ocasión de hablar con Gloria, por eso supuse que diciéndoselo a usted, se lo diría a ella.

—Oh, gracias, muchísimas gracias.

—No las merece; adiós, adiós...

¡Ya se ha marchado el nene! Richard, que no ha podido contener la risa, mira ahora vagamente y recuerda su edad pasada...

—¿Nada más, Tripps?

—Yo espero que no, señor...

Ha llegado el día de la fiesta del colegio. Día grande en que han soñado todas las colegialas. El elegante lugar, adornado magníficamente, se prepara a la gran tarde, que va a ser la ilusión de todas las chicas. Días juveniles, cuando estas fiestas poseen una significación especial que nunca más se olvida, aunque pasen por nosotros años y más años. El día, además, es esplendoroso. El sol de Suiza ha amanecido más rutillante que nunca y altas montañas parecen más claras y limpias.

El restaurante, por otra parte, es un verdadera monada. Enclavado en un lugar delicioso se divisa toda la parte alta de los montes y por el otro lado los valles silenciosos donde se destilizan los riachuelos entre guijos milenarios y peces de colores que alegran con su electrizante paso el monótono sonido de las aguas. A lo lejos, el lago, hecho de luminosidades azules, en las cuales se posan, de vez en cuando, la vela blanca de las gaviotas, ofrece su espejo de imaculada tersura para que se copien la maravilla de las altas cumbres. Día de sol, de aire puro, de alegría, de camaradería que jamás se olvida. Este es el que se ha escogido para la deliciosa fiesta al que han sido llevadas todas las educandas.

Richard se prepara a asistir a ella. Por el camino se cruza con su pequeño amigo Tommy, más tranquilo, ya que el otro día, cuando su cara estaba roja como un tomate ante la situación nueva para él de hablar con el «papá» de Gloria.

—Mucho gusto en verte, muchacho.

—Yo también lo tengo en verte a usted. ¿Se lo dijo ya? Ya sabe que cuando usted se vaya, después de haberme ido...

—Oh, no, no. Aún no. ¿Sabe lo que vamos a hacer? Acompáñenos a la fiesta y usted mismo se lo dice.

Pero al ver la terraza, otra vez se acobarda el muchacho. En realidad, es mejor que se lo diga el padre. Pero cuando él no esté delante. Así queda convenido y el buen chico se despide después de haber perdido el poco aplomo que le quedaba.

Ya están en la fiesta, Richard, la traviesa Gloria, las profesoras, todo el internado, divirtiéndose de lo lindo. Aquella fiesta no la olvidarían nunca. Los helados estaban riquísimos. La concurrencia muy animada. La orquesta era de verdadera categoría. Las piezas adquirían un gran relieve. Sobre todo en el popular número de los silbidos, la orquesta y el conjunto vocal, manejando graciosamente las armónicas, obligó a todas las muchachas a corear el cantable. No sólo las muchachas, sino que también las propias profesoras, que por un día perdían su fingida gravedad para sumarse a la fiesta en que todo se hermanaba. El propio Richard también se dedica a silbar con toda la fuerza de sus pulmones y excusamos decir que Gloria está a sus anchas pudiendo hacer lo

que los pajarillos. Es tan simpática esta fiesta que hasta el propio Richard ha ido a buscar a Felice y la ha obligado a sentarse en su misma mesa, captándose en seguida la simpatía de esta pequeña enredadora que tan a punto estuvo de hacer fracasar la bien urdida trama. Así que ni que decir tiene que la fiesta llega a su apogeo entre las risas y los gritos de entusiasmo de todas las jóvenes para quien este día de asueto tiene proporciones maravillosas.

— Señor — viene Tripps a amargar la fiesta — se ha recibido este cable.

¡Qué desgracia! Es necesaria su presencia en París. Precisamente ahora cuando empezaba a encontrarle gusto a su papel de padre.

— Gloria, tengo que irme a París esta misma noche...

— ¡Oh!, cuánto lo siento...

— Es necesario que salga para París. Un negocio importante me reclama. Será mejor que se lo diga tú misma a tus compañeras.

— ¡Oh!, compañeras. Mi papá acaba de recibir un cable urgente. Tiene necesidad de marcharse.

— ¡Oh!, qué desilusión...

— Es necesario que lo haga. Sale para el Havre a tomar allí un

vapor que le conducirá al Polo Norte a cazar osos...

¡Deliciosa mentirocilla! Cualquiera ocasión es propicia para inventar sus infantiles embustes. Y esta mentirilla es de las que ha producido más sensación entre las chicas, que protestan conternadas...

— ¿A cazar osos? ¿Pero de quién está hablando? — dice Tripps intrigadísimo.

— ¿De quién crees tú...? Está hablando de mí.

La fiesta ha tocado a su fin. Ha terminado ya el bullanguero vocerío de las muchachas. Gloria está entusiasmada y parece olvidar que se va a marchar su «papá», o quizás es por esto precisamente. De momento se ha ido con él al hotel para prepararle la maleta.

— ¿Estás cansada?

— No, me gusta...

— ¿Te gusta?

— No he querido decir que me guste que usted se marche, sino que me gusta hacerle la maleta a mi padre...

— Sí, es una emoción nueva, y para final, ¿qué falta?

— Sólo decirnos adiós.

— No, la despedida será más tarde. Ahora los calcetines. Anda, tráelos, y ve al colegio a pedir

permiso para venir conmigo al tren...

—¿De veras?

—Pues claro. ¿Cómo se va a ir tu padre sin que le des un beso de despedida?

—Es cierto. Hasta luego...

Sale deprisa Gloria del hotel. Aún se encuentra a Tommy por el camino. Pero ahora Gloria no tiene gana de conversaciones.

—Hola.

—Hola.

—Tengo mucha prisa.

—Yo también tengo mucha prisa. Quiero preguntarte si tu padre te ha dicho alguna cosa. Si tu papá te ha dicho algo de algo.

—Sí, que hoy se marcha. Por eso tengo tanta prisa.

—Ah, bien, si tienes prisa, lo mejor es que te apresures...

—Adiós...

—Adiós...

Está visto que hoy es día de encuentros, porque no ha pasado mucho rato que no halle a su enemiga Felice. Pero han pasado muchas cosas en estos últimos tiempos para que Felice continúe en su estúpida actitud. Pese a todo, Felice no estaba muy lejos de la verdad, seguramente más cerca que la ideal Mentirosilla, y, naturalmente, era comprensible su forma de tomarse las cosas.

Pero ahora, después de sus continuos fracasos, que le han hecho creer todas las estratagemas urdidas por la Mentirosilla, que han salido bien gracias a su hada madrina, que no la debe olvidar nunca, Felice se ha convencido de lo buena que es Gloria y ansía su amistad. También la conducta del padre de su hasta entonces enemiga ha influido profundamente en este cambio. Verdaderamente, el cazador Richard Todd era un perfecto caballero, aunque cazase elefantes para las fábricas de productos alimenticios de todo el mundo. Tampoco tenía él la culpa de que ninguno de su familia se dedicase a tan altos menesteres y hubiesen optado por una vida más prosaica. Así que nobleza obliga. Era cuestión de reconciliarse con Gloria a todo trance. Al fin y al cabo, ella en el fondo siempre le había tenido una verdadera simpatía.

—Aguarda un momento, Gloria, quiero preguntarte una cosa. ¿Es cierto que se va tu papá?

—Cierto y por lo mismo no puedo perder el tiempo charlando contigo.

—Aguarda. Es que yo quiero decirte que me parece el padre más simpático del mundo. Que siento mucho lo que dije de él.

Eso mismo. Siento que se marche dejándote tan sola y quiero que sepas que lo siento.

—No quiero que lo sientas, Felice. Tal vez el que se vaya de nuevo sea un bien muy grande para todos.

Pero las dos muchachas sienten de verdad la marcha de aquel hombre tan bueno y agradable. Además, nunca como ahora se habían hablado las dos con tanta ternura. La reconciliación, por lo tanto, era una feliz realidad. Y dejando escapar su emoción cristalina las dos jovencitas, tan buena la una como la otra, se echan en los brazos y rompen a llorar...

CAPITULO IX

Estamos de nuevo en la estación de la aldea. La estación que tiene la culpa de todo aquel lio que amenazaba convertirse en una pequeña tragedia infantil y que gracias al buen humor de todos se transformó en el comienzo de una deliciosa aventura. Richard está esperando, impaciente, la llegada de Gloria, que le ha de venir a dar la última despedida. Pero muy lejos se halla él de sospechar la verdad de lo que sucede. Gloria está triste.

¿Por qué? Porque en un periódico ha visto un retrato por el cual ha sabido que su mamá es artista de cine y la noticia de que se halla de vacaciones en París. Era cierta la noticia tras el apoteósico triunfo que hemos presenciado, Gwen Taylor, antes de comenzar la primera película de aquel contrato fabuloso que le habían ofrecido y que ella había firmado con el beneplácito de su representante, había marchado a París, pero no en plan de vacaciones como la Prensa decía. Lo cierto es que era un viaje ideado para aumentar su propaganda. Recepciones oficiales. Banquetes en todas partes. Trenes de lujo, paquetes gigantescos, hoteles de rango, todo este desfile continuo y agotador de las artistas del cinema que se deben al público y al cultivo de su popularidad. Gwen Taylor, que pese a todo este aparato no era feliz, había aparecido aquella mañana, a su llegada a la gran ciudad francesa, sonriente y tentadora y lejos se hallaba de figurarse que aquella fotografía, que era la que había encontrado Gloria, habían de idear en la cabecita de esta niña proyectos osados. Claro está que Gloria no llegaba al tren. Y claro está que Richard se impacienta.

ba, al ver que ya no podría despedirse de la hija que le habían deparado sus vacaciones. También Tripps está nervioso. Ve que se acerca la hora de la partida del tren y que su amo continúa sin montarse en el vagón.

—El tren tiene la salida dentro de un minuto y veinte segundos, señor.

—Pues ¿qué haces aquí?

—¿Es que piensa el señor quedarse en tierra?

—¿Qué disparate!

—Por lo visto su hija no viene a despedirse.

Este botarate va a acabar por sacarle de quicio. En fin, ¡qué le iba a hacer!, era cuestión de montarse en el vagón. Se había dado ya la orden de salida y no iba a quedarse en el lugar por un trasnochado sentimentalismo.

Bien acomodado en su butacón, Richard contempla penativamente las espirales del humo de su cigarrillo. Pero Tripps está hoy muy locuaz y no hay forma de pararle la lengua.

—Si yo fuese su hija, señor, y teniendo en cuenta que va usted a la caza de osos polares, no habría dudado un momento en...

—Si, Tripps, pero tú no eres mi hija.

—Ha sido solamente un ejemplo, señor.

—Afortunadamente no voy a la caza de osos.

—Me tranquiliza saberlo.

—Ni tampoco soy su padre. Soy libre como el aire.

Pero esta libertad empieza ya a pesarle. Verdaderamente, estar casado, en su casita y tener una hija tan bella como Gloria, debe ser el ideal de la vida.

—¿Qué, Tripps, está suficientemente claro?

—Del todo, señor.

—Nos marchamos de Suiza igual que nos venimos, sin parientes ni amistades.

—Buenas noches, señor.

—Y olvida para siempre este incidente de mi hija.

—Entendido.

—Adiós...

Ya se ha quedado solo el compositor de mirada soñadora. El tren pasa silbando en la noche estrellada. El ruido peculiar de su marcha parece entonar un canto extraño. Todo es silencio. Todo es paz... Todo es paz, menos para los revisores del tren, que andan como locos en persecución de una muchacha que se ha montado sin billete y que marcha vagón tras vagón, corriendo como una loca, para que no la detengan.

—Párese, señorita, párese...

¡Pero no por esas! Corre que te corre ella. Persigue, que te persiguen ellos. Al final, la muchacha, que no es otra sino Gloria, que ha puesto en práctica su idea de reunirse con su madre, es cogida por los revisores. Tanto correr y no ha podido encontrar a Richard. Lo peor es que si la detienen se queda sin ir a París y lejos del Internado.

—Pero, por ahora, aquí dentro, está segura. Se inicia un diálogo entre la traviesa muchacha y sus perseguidores, cumplidores inflexibles de la Ley.

—Señorita, déme su billete.

—Pues no lo llevo encima. Vea usted a mi padre.

—Yo no he visto a su padre.

—Ni yo tampoco, eso es lo malo. Pero lo estoy buscando.

—Déjese de tonterías. O compra usted el billete o se apea usted en la próxima estación.

—No, es imposible. No tengo dinero.

—Eso es culpa suya o culpa de su padre o culpa de quien sea, pero nunca culpa mía. Métenla en el compartimiento de servicio, hasta llegar hasta la próxima estación.

—Andando, vamos.

—No me toque usted.

—Vamos.

—Le contaré a mi padre el maltrato que me dan.

En el vagón se ha armado un gran revuelo. Los viajeros se han asomado para ver lo que sucedía, que escándalo era aquel, y se han encontrado con la agradable sorpresa de aquella chiquilla encantadora que sólo con verla arrebatada los corazones. Pero los revisores de tren, como los empleados de pompas fúnebres, no tienen corazón. Así que le hacen maltrato el caso.

—Dígaselo a su padre o dígaselo a su abuelo. A nosotros no nos importa nada.

—Déjeme, déjeme. Es necesario que lo encuentre. Tengo que ir a París.

—Entre, entre aquí. A callar. Quieta. Estése ahí dentro.

—Armaré un alboroto. Sí. Déjeme usted salir de aquí. Déjeme buscar a mi padre...

Pero como el empleado continúa inmovible y la próxima estación está cercana, Gloria adoptó un sabio remedio. Si su «padre» está en el tren, Richard Todd, el gran compositor, es necesario que la vea. Y ya que esto es imposible, es necesario que la oiga. Para ello nada más apropiado que comenzar a cantar. Su

«padre» la reconocerá inmediatamente en cuanto oiga su voz. Claro está que no tiene orquesta que la acompañe, pero es lo mismo, el compás del tren puede servirle también para ir desgranando las notas de una canción. Y sin pensarlo un momento más, Gloria comienza a cantar con unos ánimos terribles, como que va en ello su libertad, una de sus canciones favoritas. Ante el inusitado caso de una voz femenina cantando una pegadiza canción, los viajeros sienten una sorpresa que se traduce, seguidamente, en una admiración sin límites. Es que Gloria está echando lo que vulgarmente se llama el resto. Ahí es nada querer hacerla appear y dejarla en un pueblecito en donde a nadie conoce y en donde se le crearían las más pavorosas complicaciones. Ahora verían aquellos palurdos de uniforme que a ella no se le podía pedir el billete impunemente. Todo el tren se llena del canto de Gloria. Con las iras, naturalmente, de los empleados, que pretenden, sin conseguirlo, hacerla callar. Pero buena es la situación de Gloria para que la vayan pidiendo grolerías. Canta y canta. ¡Y el bueno de Richard sin oír! Y es que éste, abstraído en su pensamiento

la oye pero no cae en que pueda ser la que ocupa en estos momentos su mente. Sigue maquinalmente la canción conocida. Hasta que, de pronto, cae en la cuenta que aquella voz no puede ser otra que la de Gloria, que no sólo ha ido a despedirle, sino que está allí en el vagón, camino también de París. Los empleados continúan en sus trece de hacerla callar...

—No conseguirá burlarse usted de todos nosotros. Irá usted al furgón de equipajes. Sobre no tener billete nos alborota usted a todo el tren.

—Intento sólo que mi padre pueda oírme y sepa que estoy también en el tren.

—¿Nos supone usted tan incautos para que nos creamos ese cuento de que su padre está en el tren?

—¿Quién dice que no estoy en el tren? —es la voz de Richard Todd, oportuna como nunca, según Gloria, que viene a librería otra vez de un gran compromiso.

—¡Yo soy su padre!

—Sí, señor, pero...

—Ven conmigo, Trippa, arreglamos tú con él.

—¿Con qué este señor es su padre?

—Sí, señor. Definitivamente,

Yo nunca lo dudé ni un solo momento, señor.

Gloria le está explicando a Richard las causas de su escapatoria.

—Averigüé que mi madre está en París y tengo que ir a verla.

—¿Y no puede venir ella a Suiza?

—Oh, no. Ella no puede venir a Suiza... porque... porque no puede. Y por eso monté en el tren para ir a verla. Era un asunto de vida o muerte.

Pero la afirmación es demasiado rotunda. Por si acaso, Richard echa un vistazo a los dedos de Gloria, el más seguro barómetro de su sinceridad.

—Si, tus asuntos siempre son de vida o muerte.

—No, pero éste lo es de veras. ¿Es que está usted enfadado? Es que no querrá ya verme nunca?

—Quizás. Puede que...

—No. No trato de engañarme. Me haré la cuenta de que ha desaparecido entre el hielo del Polo, cazando osos. Es triste, pero es la única salida posible. Claro está que le echaré muchos de menos.

—No corras tanto, Gloria. Un amigo tuyo me encargó que te dijera que si por desgracia yo cayera en el Polo, él se encargaría en

el futuro de ser tu amigo y protector.

—¿Tommy?

—Sí, el mismo... En fin, buenas noches, que descanses...

CAPITULO X

Por fin han llegado a París. La ciudad de la eterna sorpresa muestra su ambiente acogedor a los viajeros. París es siempre maravilloso pero París, en primavera, es un paraíso de difícil equivalencia. El taxi los lleva por las amplias avenidas, por los simpáticos boulevards, camino del hotel en donde piensa Gloria buscar a su madre. Pero lo cierto es que no quiere decir a Richard que no se atreve a verla directamente, ya que sabe la prohibición que reza sobre el particular. Así que se despidió hasta pronto de Richard y del bonachón Trippe.

Apenas ha llegado al hotel, su primer intento es el de telefonar a su madre. Pensado y realizado.

—Deseo hablar con Miss Taylor.

—La línea está ocupada, pero la pondré con su apoderado dentro de breves instantes.

—Bien, dígame que aquí está Gloria.

—Diga, diga. Si. No está aquí.
Le digo que no está aquí. ¿Quién?
¡Gloria! Póngala en seguida.

—¿Qué hay, Gloria? Soy Dusty.
—¡Ah! Tengo el gusto de cono-
cerle por sus cartas.

—¿Qué hay por Suiza?
—No estoy en Suiza... Estoy en
el hotel. En una cabina telefó-
nica.

—¿En una cabina telefónica?
¿En cuál de ellas?

—En la número 4.
—No se mueva de ahí hasta
que yo llegue.

Menudo conflicto el que les ha
puesto Gloria. Presentarse así de
improviso en París. Con el hotel
lleno de periodistas dispuestos a
casar la nota interesante para
propagarla a los cuatro vientos.
Una pequeña imprudencia y la
carrera de Gwen termina en me-
nos que canta un gallo. Es nece-
sario tomar una enérgica deter-
minación. Allí está la niña espe-
rándole, porque el astuto Dusty
se ha ido haciendo todas estas
reflexiones mientras descendía
como alma que lleva el diablo,
por las escaleras del hotel, es-
perando que ningún sabueso de
pluma hubiese descubierto la pla-
ta de Gloria. Pero, afortunada-
mente, ésta se halla sola.

—Yo soy Dusty Turner.

—¿Cómo está usted?
—Muy bien, gracias, ¿y tú?
—Perfectamente.
—Siéntate y dime cómo has lle-
gado hasta aquí.

—Pues he venido en el tren.
—¿Pero, cómo te escapaste del
colegio?

—Verá usted, no me fué muy
difícil.

—Esto está muy mal, no debías
haber hecho esa travesura.

—Ya lo sé, pero estaba allí tan
triste y un buen día averigué que
mi madre era... y que estaba aquí.
Y decidí venir. Sólo deseaba ver-
la unos instantes, hablar un rato
con ella y...

—No pienses que es tan fácil
como tu creas. Hay tanta gente
que quiere verla. Además, te lo
impedirán sus admiradores. Tu
madre pertenece al público...

—Pero yo le pertenezco a ella.
Es mi madre...

—Se trata de algo que a pri-
mera vista es injusto con Gwen
y también contigo. No querría te-
ner que ser cruel.

—¡Pero si no se enteraría na-
die! Aunque fuera verla un solo
minuto.

—Si ella te tuviese en sus bra-
zos aunque sólo fuese un minuto,
ya no te volvería dejar a ir.

—¡Oh, si esto fuera verdad! —exclama Gloria.

—Esto sería su ruina. Todo cuanto hace una estrella, todo cuanto a ella se relaciona es motivo de habladurías. Se hacen conjeturas, se dan opiniones y se siguen todos sus pasos. Y cuando averiguan algo, por pequeño que sea, lo publican todos los periódicos. Una estrella de cine tiene que vivir diferente de las demás mujeres. Casi, casi, como la princesa de un bello cuento de hadas.

—Ya entiendo. Y la princesa de un cuento de hadas no puede tener una hija tan mayor como yo...

—No te apures, nenita, el próximo año estará ya contigo y para siempre. ¿No puedo hacer nada en tu obsequio, no puedo hacer nada?

Y Gloria, con una congoja que le atormenta el alma, se aparta del buen Dusty, que al fin, como ella, como su madre, como tantos otros son unos simples esclavos del cine, de ese espectáculo en que casi todo es papel. El director del hotel ha llegado para avisarle el arribo de Mademoiselle Taylor.

—Señor Turner, señor Turner, Mademoiselle Taylor ha regresado ya. Está en el vestíbulo rodea-

da de todo París. Algo verdaderamente maravilloso.

—Más que maravilloso, abrumador. ¿Pero dónde está la chica que estaba conmigo?

—¿Cómo he de saberlo yo, señor?

—Busque por todo el hotel, y en cuanto la haya encontrado, la trae a mi presencia en seguida.

Pero no es fácil que consienta en ello la propia Gloria. Al oír que su madre está en el vestíbulo, siente los más vivos deseos de verla, aunque sólo sea un instante, y luego se marchará de allí y no la verán más. No quiere ser un impedimento para su mamita. Ella, que tanto la quiere. Ella, que vive soñando siempre en su mamuchi. La vida también tiene sus amarguras y éstas no pueden solucionarse como las otras, las que ella resuelve cruzando un dedo sobre el otro. Allí está su madre, tan bella, tan hermosa como siempre. Rodeada de una corte de admiradores que la festejan y adulan. Su madre, la famosa actriz de la pantalla. Ahora comprendía el por qué de tanto misterio. Las cartas esperadas y nunca recibidas. El no poder hablar de mamá ni enseñar sus fotografías a nadie. El no haber visto a su madre en tanto tiempo. Aque-

llo era la causa principal de su costumbre de mentir. Ella no podía hacer como sus otras compañeras que hablaban con admiración de sus madres y enseñaban sus retratos con orgullo. Retratos de señoras ancianas, gruesas, sin restos de una belleza marchitada. ¡Si sus compañeras hubiesen tenido una madre tan guapa como la suya! Allí estaba, deslumbrante, recibiendo el agasajo de todo el mundo: aristócratas, artistas, literatos, todo el París de la sangre, del arte y de la banca le rendía pleitesía. ¡Qué tristeza la suya! Tan cerca de su madre y no poder besarla. Hollywood se le presentaba ahora como una ciudad antipática, que creaba los más estúpidos mitos para regocijo de un público que, aun sin querer, destruía la vida de los demás.

—Estas flores son para usted, Miss Taylor —le ha dicho una niña de corta edad, entregándole un magnífico ramo de flores.

Gwen Taylor ha mirado profundamente a esta niña. Ha recordado otros años, no tan prósperos, pero más felices, con su hija a su lado, llamándole ¡mamá!, con aquel encanto indefinible. Ahora estaba sola; sola entre todo aquel estruendo de lisonjas

insinceras, de amistades fugaces. Hollywood le había dado la fama, pero, en cambio, le había destruido el corazón.

Gloria cree que ha llegado la hora de marcharse. Irá al encuentro de su «papallo» postizo, de Richard Todd, en quien hallará un refugio que no se lo da su propia madre. Pero, el primer sorprendido de la pronta llegada de Gloria es Tripps, a quien no se le podía meter en la cabeza que la hija de su amo les dejara en paz unas cuantas horas.

—No, la esperábamos a usted hasta mañana. Y su madre, ¿no viene?

—No. Vengo yo sola.

—Pues su pa... digo, Mr... el señor, está dentro. Pase usted. Pase.

También Richard se halla sorprendido al ver a Gloria tan pronto. Su experiencia y la propia cara de Gloria, que pretende, sin poderlo, ampararse en el disimulo, le dicen que algo desagradable ha debido ocurrir. Por de pronto, olvida el plano, en el cual estaba tocando una de sus composiciones.

—¡Cuánto bueno por aquí!

—Siento mucho tener que molestarlo tanto.

—Nada de eso, ¿Hallaste bien

a tu madre? Se llevaría una gran sorpresa.

—Figúrese usted cuando me vió.

Hay un silencio enojoso. Richard que comprende la situación, no sabe cómo salir del paso sin herir la susceptibilidad de la muchacha. Comienza a silbar una cancioncilla.

—Es esa la canción que tocaba usted cuando entré yo. Me gustaría cantarla.

Quiere intentar Gloria cantar la canción, pero no puede. Al fin, las lágrimas resbalan por sus mejillas.

—Vamos, tontina, no llores. La canción es mala, pero... Dime, ¿qué te pasa, Gloria? Dímelo. No olvides que soy tu padre, y un padre que eligiste tú misma.

—Quisiera volver al colegio... mañana mismo.

—¿Por qué mañana mismo? ¿Sabe tu madre ese deseo?

—Sí, me ha dado el dinero para el regreso y lo he perdido.

—¿Y sabe que lo has perdido?

—No he querido decírselo, es tan pobre que...

—¿Pobre y vive en el hotel Lafayette?

—Es que es pobre de una manera especial.

—Ah, vamos, una rica pobre.

¿Lo pasaste bien con tu madre? Cuéntame lo que hiciste.

—Pues, la encontré en el vestíbulo y se alegró tanto —dice la pobre Gloria dando expresión verbal a lo que hubiese sido su sueño— que me estrechó con tal fuerza entre sus brazos, que por poco me deja sin respiración. Así se alegró de verme. Después se apartó un poco y se quedó mirándome de arriba a abajo. Luego se echó a llorar y yo también. Llorábamos de alegría como tontas. Es curioso que se llora cuando se siente uno feliz, ¿no es cierto? A continuación se echó a reír y yo me eché a reír también. Nos miraban todos. Estaba tan hermosa. Luego nos pusimos a charlar, porque yo tenía muchas cosas que decirle y ella también. Entonces despidió a todos los que estaban presentes para quedarnos completamente solitas... Y luego...

Pero Richard sabe muy bien que todo aquello es mentira. Para demostrárselo, sólo hay que mirar las manitas de Gloria y ver el juego inequívoco de los dedos.

—Ahora dime la verdad —le dice, separándole las manos y poniéndole los dedos en su debida posición.

—Pues la verdad es lo que le

he dicho. Ella tenía que ir a una fiesta y yo le dije que era mejor que regresase al colegio porque las profesoras estarían enfadadas, ya que ignoraban mi partida. Mamá dijo que tendrían razón y entonces me dio el dinero y yo lo perdí y vine a pedirselo a usted...

Esta vez no puede ser mentira porque los dedos están en posición normal. Pero, ¡ah, la picara! Ahora ha puesto un pie encima del otro. En fin, no hay manera de sacarle la verdad.

—Yo estoy muy contento de que hayas venido. ¿Quieres regresar esta noche?

—Pues, desearía quedarme en París hasta mañana. Como no puedo venir aquí muy a menudo.

—Claro. Estas son como unas vacaciones improvisadas. Nos divertiremos juntos. Chistera, frac, corbata blanca para mí. Flores para ti y uno de los mejores conciertos que habrás oído.

—Oh, no, a un concierto, no.

—Yo creí que te gustaba la música.

—Y me encanta, me gusta con locura. La música es mi mayor delicia, pero es el caso que en el colegio siempre nos dan conciertos y hoy desearía algo diferente. Una película, por ejemplo. Una

película de Gwen Taylor. ¿No le parece?

—Tus deseos son órdenes para mí. Así que esta noche iremos a ver a esa actriz que dicen.

Y, efectivamente, ya les tenemos sentados en elegantes butacas de cuero, en uno de los mejores cines de los Campos Elíseos. Están dando una película de asunto melodramático en que se le acusa a una dama, interpretada por Gwen Taylor, de un crimen que no ha cometido. Las pruebas del fiscal son abrumadoras; sin embargo, la protagonista, bella como una puesta de sol, se mantiene serena, dominando a todos con su expresión extraña.

Gloria no había visto nunca actuar a su madre y se halla sorprendida, y, también, un poco emocionada. A Richard le sucede otro tanto. Y es que la dama acusada, irrefragablemente vestida, se parece como una gota de agua a otra, a la señora de la fotografía que le enseñó Gloria. Ahora empieza a descubrir parte de la verdad. Porque para él no hay que darle vuelta de hoja. Gwen Taylor y la madre de Gloria son una misma persona.

—Te digo que juraría haber visto esta cara en otra parte.

—Es natural. Es una actriz fa-

mosa. Todo el mundo la conoce. Es Gwen Taylor.

—¡Ah, sí?

—Sin embargo, se parece mucho a la dama de aquel retrato que me enseñaste. Sí, en efecto, se parece mucho a tu madre.

Pero para Gloria aquello es un tormento. La emoción de su alma, no acostumbrada a estos rudos golpes de la vida, se desborda. Ella que siempre había soñado con aquel cariño, tan necesario para su vida como lo es el agua para las flores. No puede continuar más. Las lágrimas la delatarán si continúa en la sala.

—¿Qué te pasa?

—Nada, perdóneme, vuelvo en seguida...

Y Gloria abandona la sala, buscando el aire de la calle que despeje su adorable cabecita. Richard ha salido en pos de ella. Comprende que esta pobre niña está sufriendo por una causa que hasta ahora sólo adivina a medias. De lo que no hay duda alguna es de que su «hijita» lo es de la actriz del cine Gwen Taylor, y de que algo extraño tiene que haber sucedido entre ambas para que Gloria se haya presentado aquella noche en su cuarto.

—Richard, quisiera regresar es-

ta misma noche a Suiza. En seguida.

—¿Esta noche?

—¿Sí, no le importa que no veamos el resto de la cinta?

—No, nenita, no me interesa. Y creo que ya es hora de que vayas donde debes ir.

CAPITULO XI

Mientras tanto Gwen Taylor, en la habitación lujosa del hotel, se pasea inquieta y desasosegada. Siente aquel día como nunca, la nostalgia de su hija. Daría toda su fama y su fortuna por tenerla a su lado. Acaba de pedir conferencia telefónica con el internado para tener a lo menos el consuelo de hablar unas palabras con ella. Por fin, ha sonado el timbre del teléfono...

—Sí, yo soy la señora Harkinson. Ah, la señorita Fusenot. Sí, soy la madre de Gloria. Sí... ¿Qué? Debe ser una equivocación. ¿En París? ¿Con quién? ¿Con mi señor Harkinson? ¿De incógnito? Pero si yo no conozco a ningún Richard Todd. La llamaré más tarde.

Aquello es inaudito; según la profesora, su hija se ha fugado del Internado con un desconocido que dice ser su padre y que se llama

Richard Todd. Ahora iba a pagar ella el cruel abandono en que había tenido a su hija. Todo por culpa de las películas, de su falso mundo y de sus extravagantes derechos. No, no era tarde para rectificar su conducta. Nada le importaba lo que pensase el público. Que se buscase otro mito, otra muñeca en quien poner su adoración desocupada. Ella viviría su vida y le daría a su hija un hogar y un cariño de madre. Pero primero había de hallarla.

—¡Dusty! ¡Dusty! ¡Dusty!

—¿Qué te pasa?

—Gloria está en París. Salí de Suiza anoche con un desconocido que se hace pasar por su padre. ¡Llama a la policía!

—Vamos, vamos, no te sobresaltes. Siéntate y escucha con calma.

—¿Estás loco? ¡Gloria está en París!

—Sí, ya lo sé.

—¿Que lo sabes?

—Sí, estuve con ella esta tarde. Está muy bien.

—Pero, ¿dónde está? ¿dónde está? —la ansiedad de la madre se sobrepone a su artificialidad de artista. Gwen Taylor ha dejado de ser la actriz codiciada, la heroína de cintas sin fondo e insustanciales que hacen suspirar a un

público de gusto mediocre, para transformarse en una madre amantísima, en una mujer consciente del deber más sagrado que tiene su sexo: el de la maternidad.

—Tranquilízate. Ella no quería hablar contigo. Deseaba sólo verte.

—¿Dices que no quería hablar conmigo?

—Vamos, no lo tomes así. Yo le hice ver las consecuencias que podía traer el que la gente supiera que tenías una hija de su edad.

—¡Y fuiste capaz de eso!

—No hubieran transcurrido ni cinco minutos de estar a tu lado sin que alguien del hotel hubiese avisado a la prensa.

Gwen comprende, aunque tarde, que ha jugado un juego peligroso. Abdicar sus derechos de madre por un contrato semanal de miles de dólares. Era natural que le sucediese aquella tragedia. Pero lo que no podía perdonar es que estando tan cerca de su hija no se la hubiese avisado. Un momento por el que había suspirado tantos años y que por complacer a gentes que no le importaban lo había perdido. Pero pronto lo arreglaría todo. Estaba decidida a llevar aquel asunto hasta su última consecuencia.

—¡Pensar que no la he visto!

—Entonces, ¿qué crees que debí hacer? ¿Presentarla a la prensa?

Pero es necesario disimular. El director del hotel ha llegado y no es posible que trascienda la enojosa conversación.

—Hola, señor Turner. Tanto gusto en verle. Todo el mundo está aguardando la ocasión de poder ver a Gwen Taylor.

—Bajaremos enseguida.

—Gracias, muchas gracias...

—Vamos, querida. Nos están esperando.

—Yo no pienso bajar.

—Déjate de tonterías. Tú no puedes hacer eso. Todos adivinarían que ocurre algo si no bajas a presentarte. Ten juicio. Todos los periodistas te aguardan.

Verdaderamente Turner tiene razón. Es preciso que descienda al salón de fiestas donde le aguardan los que, en realidad, junto a la estúpida ciudad de Hollywood, tienen la culpa de su drama. Gwen Taylor ha vivido para ellos sus más impresionantes momentos. Ha vertido copiosas lágrimas para que las plateas derramaran las suyas. Ha vivido emocionantes heroínas. Ha paseado su figura por sangrientos dramas. Pero ahora va a interpretar el

más grande personaje de su brillante carrera. Ha llegado la hora de expresar toda la gama de emociones de su corazón, hecho para el amor y el cariño más profundos. Ha llegado la hora de demostrar que hasta la última fibra de su cuerpo pertenece al gran consuelo de su vida. Y todo ello sin argumento trazado de antemano y sin ningún engorroso director que le dicte lo que tiene que ir representando. También ella posee su argumento, también las actrices, aunque el público crea lo contrario, poseen su vida íntima, de la cual nada ni nadie tiene derecho a disponer. No vale la gloria el sacrificio de su hija. Allí están reunidos todos los que van a recrearse con el espectáculo de una mujer que vive sólo para el efecto y la galería. Los periodistas esperan que les dirija la palabra y les cuente pequeñeces, como, cuál es su autor favorito o su color preferido. Pero Gwen Taylor tiene revelaciones más importantes que comunicaries.

—Ustedes ansian novedades y voy a dárselas... Yo tengo una hija de catorce años que ha llegado a París esta noche.

—¿Pero, qué dices? —exclama desesperado Dusty, que vé sus planes por el suelo.

—Sí, por el suelo, porque la noticia ha caído como una bomba sobre los reporteros. Ahí es nada. ¡Gwen Taylor madre de una niña de catorce años! Para que se vayan riendo de las sonrisas angelicales y de los rostros sin arrugas ni cansancio. ¡Secretos del maquillaje! Entre los periodistas se arma un gran revuelo. Todos quieren ser el primero para dar la noticia bomba. La agitación del momento es casi cómica. Nadie se da cuenta de la verdadera situación. Cuando menos de la de Gwen que al ver aquella indiferencia por su problema está más contenta que nunca de su actitud. Lo que quería aquella gente era eso: información. Pues ya la han tenido, y mejor a cuanto soñaran. Claro está que el pobre Dusty está furioso y que corre de aquí para allá para arreglar lo que ya no tiene arreglo. Y que va a tener menos arreglo todavía a juzgar por las intenciones de Richard Todd, que ha entrado en el Hotel llevando de la mano a su protegida «hijita».

—Déjeme que le espere fuera —dice Gloria, no queriendo ser la causa de una situación violenta, que ya se ha producido.

—Tenemos que ultimar aquí dentro un pequeño negocio.

—Yo le creía a usted un buen amigo mío.

—Soy tu padre y los padres tenemos que ser severos.

Allí está el director del hotel. Richard le aborda seguidamente.

—Necesito hablar con Miss Taylor.

—La señorita está en un banquete y no se la puede ver en este momento.

—Sin embargo, necesito verla en el acto.

—Ha reunido a la prensa y no se la puede importunar.

—Aunque usted no lo entienda, le diré que es hora de que la importunen. Y yo me encargaré de ello. Vamos.

—Aguarde un momento. Sería una escena embarazosa. Por favor, no lo haga.

—No insistas, Gloria. Necesito cumplir mis deberes de padre.

—Pero yo le aseguro que se equivoca.

—Señor, señorita. Creo haberles dicho antes que no se puede importunar ahora a miss Gwen.

Pero, bueno está Richard, para que nadie se ponga en su camino. El quiere entrar, y vaya si entra. En el momento en que el desbarajuste más caótico reina en el salón. Los periodistas, saboreando la noticia, Dusty dándose a to-

dos los diablos y esperando parar el golpe de cualquier manera. Y Gwen firme en sus trece...

—Por Dios, traten de encontrar a mi hija, que es lo único que quiero; hagan cuanto les sea posible para dar con ella.

—Pero, ¿cómo quiere usted que nosotros la encontremos si usted misma no sabe dónde está?

—Sí, está aquí mismo... en París... con un hombre que dice ser su padre.

—¿Su padre...? No sabíamos que estuviera usted casada...

—Ustedes pueden encontrarlos si de veras se lo proponen...

—Aquí estoy — grita en aquel momento Richard Todd, presentándose con Gloria en medio del salón.

Se arma un revuelo enorme en los medios periodísticos. Aquello se complica, cuando menos para Dusty, quien ya desconfía de arreglar convenientemente el asunto. Gloria, por otra parte, comprende el grave perjuicio que le causa aquella revelación a su madre. Es necesario salvarla.

—Todo esto es una equivocación; yo no conozco a esa señora. Mi padre y yo entramos sólo por curiosidad...

Pero Gwen ha hallado por fin a su hija querida. La emoción de

madre ha hecho súbita explosión en su angustiado pecho. La ha encontrado y ya nunca habrá contratos ni públicos caposces de separarla de ella. Es un nuevo amanecer... su amanecer de paz...

—¡Gloria! ¡Hija de mi alma!

Y un abrazo une a aquellas dos mujeres a quienes la vida inquieta de Hollywood, con sus mentiras, con sus tropieles, había separado, pero que la actriz había sabido en un gesto digno renunciar a la velidosa fama para dedicarse a su más alta función como mujer y como madre.

Para los periodistas, aquello es una verdadera fuente de información. Pocas veces se había dado un escándalo tan fantástico como el presente. Durante unas semanas, no se hablaría de otra cosa en las terrazas de los cafés, entre los desocupados de los clubs, en las reuniones de artistas del ramo cinematográfico, deseosos siempre de que una actriz dé un traspiés para difamarla. En fin, replicaba gordo para los periodistas aquella noche. Ninguno de ellos se hubiese imaginado, por un solo momento, que aquella cena iba a acabar de aquella imprevista manera. El salón bulle de efervescencia investigativa. Quien más, quien

menos, todos se apresuran a hacerte preguntas indiscretas. Los artistas son las únicas personas en el mundo, que no pueden tener una vida íntima para ellos solos, sin que nadie les inquiete con pretendidas incursiones por sus propios terrenos. Pero pese a la indiscreción de aquellas gentes, los protagonistas de nuestro escándalo son felices, descontentando, naturalmente, a Dusty, quien se está dando a todos los diablos, porque vé los fatales resultados de todo aquel lío.

Las cámaras fotográficas se muestran también de una actividad inusitada. Los teléfonos no cesan ni por un solo momento de comunicar con las redacciones de los periódicos, que esperan lanzar ediciones especiales con la noticia bomba.

Sólo para Gloria y para Gwen aquel maremagnum es una balsa de aceite, en comparación con las horas pasadas.

Ni una ni otra habían confiado en encontrarse tan pronto. Tras la larga separación de ambas, exigida por las ridículas circunstancias de la carrera de Gwen, habían llegado a un estado de ánimo en que creían imposible alcanzar el día en que estar así reunidos fuese la cosa más tó-

gica y natural de este mundo.

Para Gloria se habían acabado ya sus mentiras. De ahora en adelante, sólo la verdad saldría de sus labios y jamás volvería a separarse de su querida mamita. Ahora sí que estaría satisfecha de que la viesen sus amigas del colegio, Olga, Felice, todas, una por una, para que comprendiesen que ella también tenía una mamá de quien hablar y con quien ir a todas partes de su brazo. Gloria había considerado aquel momento el más feliz de su vida. Y ahora lo estaba viviendo con el alma abierta a todas las encontradas emociones de aquellas veinticuatro horas.

Otro tanto le sucedía a Gwen. Esta vez sí que era la actriz que dominaba la situación de un drama. Porque al lado del azoramiento de toda aquella caterva, empeñados en meterse en camisas de once varas, sólo su serenidad se mantenía prodigiosamente por encima de aquel encrepado oleaje de humanas voces. Si el público no la perdonaba, mejor que mejor, viviría alegremente su vida con la pequeña Gloria y nadie podría de entonces en adelante dictarle su propia vida. Disponía de un saneado capital, no extraordinario, pero sí lo bastante

importante para permitirles vivir siempre juntas sin pasar penalidades. Por lo tanto, se olvidarian sus sueños de educar a Gloria en plan de millonaria, y harían frente a la vida, risueñamente, con una cantidad tan grande de alegría en su corazón, al verse cerca de su hija, que todas las tristezas pasarían como un soplo por aquel hogar dichoso.

La situación de Richard, también era extraordinaria. Metido en aquel asunto, contra su voluntad, se había ido interesando poco a poco por la suerte de la pequeña Gloria, llegando a sentir un vivo afecto por esta muchacha. Tanto, que ahora acaso le sería difícil resolver su vida sin el cariño filial de aquella niña que un día le dio la bienvenida a su llegada a Suiza, para descansar como él creía, y que, sin embargo, se le habían transformado en sus más agitadas vacaciones. Ahora vería cómo se solucionaba todo aquello y en qué iban a parar sus votos de soltería perpetua. Porque, la verdad sea dicha, la mamá de Gloria, era tan bella, si no más, que en la fotografía, y además poseía esa fascinación femenina que a él tanto le agradaba. Había demostrado poseer, también, sentimientos de madre,

al jugarle todo por el cariño de su hija. Era, en verdad, Gwen Taylor una valiente mujer y él era un hombre capaz de dejarse llevar al matrimonio. Claro que no había que adelantar los acontecimientos; porque tiempo habría de intimar con la que él ya veía su futura mujercita.

Mientras tanto los reporteros seguían adelante su faena.

Tengan la bondad de ponerse aquí — les decían, obligándoles a cambiar de lugar y de pose para satisfacer el hambre fotográfica del hombre de la cámara.

—Muy bien, muy bien, ahora tomaremos una fotografía de usted sola. ¿No le parece?

Pero en realidad la opinión de de aquellas víctimas de la información no importaba nada.

Contra viento y marea se seguían obteniendo instantáneas de nuestro terceto.

—Ahora, le haremos una con su esposo...

—Pero si este señor no es esposo mío...

No valen negativas. Los periodistas han dicho que son esposos, pues matrimonio serán mal que les pese...

—Bien, bien. Ahora una del matrimonio y de la hija. Mr. Tay-

lor...

—Le advierto a usted que yo no soy mister Taylor. Lea digo y les repito que esto es una equivocación...

Pero como al nada. Los periodistas se han propuesto que aquel matrimonio sea efectivo y que además Gloria sea hija de ambos, y Gwen, Richard y Gloria...

EPILOGO

Gwen, Richard y Gloria se hallan reunidos al cabo de varias semanas en aquel restaurante de la pequeña aldea de Suiza, donde se celebró la inolvidable fiesta estudiantil. Vacaciones bien ganadas, después de las pequeñas tribulaciones pasadas. Gloria, con su encantadora sonrisa, con sus mentiras sin importancia, con su loca afición por la música, ha servido como lazo de unión a esta pareja que hace años buscaban un afecto que las circunstancias no se mostraban propicias en ofrecerles.

Richard ha ido sintiendo cada día un afecto más profundo por Gloria y, naturalmente, por su joven mamá. Ha descubierto en esta mujer una serie de cualidades, capaces de hacerle feliz y cree que es la hora de llevar a feliz término una emoción que, le

parece, también está compartida.

Gloria, muy inocente aún para estas cosas del amor, aún contando su aventurilla con Tommy, que es, más que otra cosa, un buen compañero de escuela, ha sentido en su interior el deseo de que Richard sea su papá efectivo. Pero no ve la manera de acelerar una confesión que se retarda injustificadamente.

Pero nuestra Mentrosilla tiene ideas para todo. Ella les obligará a decidirse ya por una declaración que hará feliz a su madre, y que le traerá a ella misma la felicidad.

—Mamá, yo sabía que Richard le sería simpático. Desde el primer momento que yo lo vi lo encontré el mejor y más simpático de los caballeros. ¿No es cierto que lo es?...

—Cierto que lo es. Le estoy muy agradecida, señor Todd.

—Llameme Richard. Fué un gran placer para mí el ayudarles.

—No haga caso de su modestia, mamá.

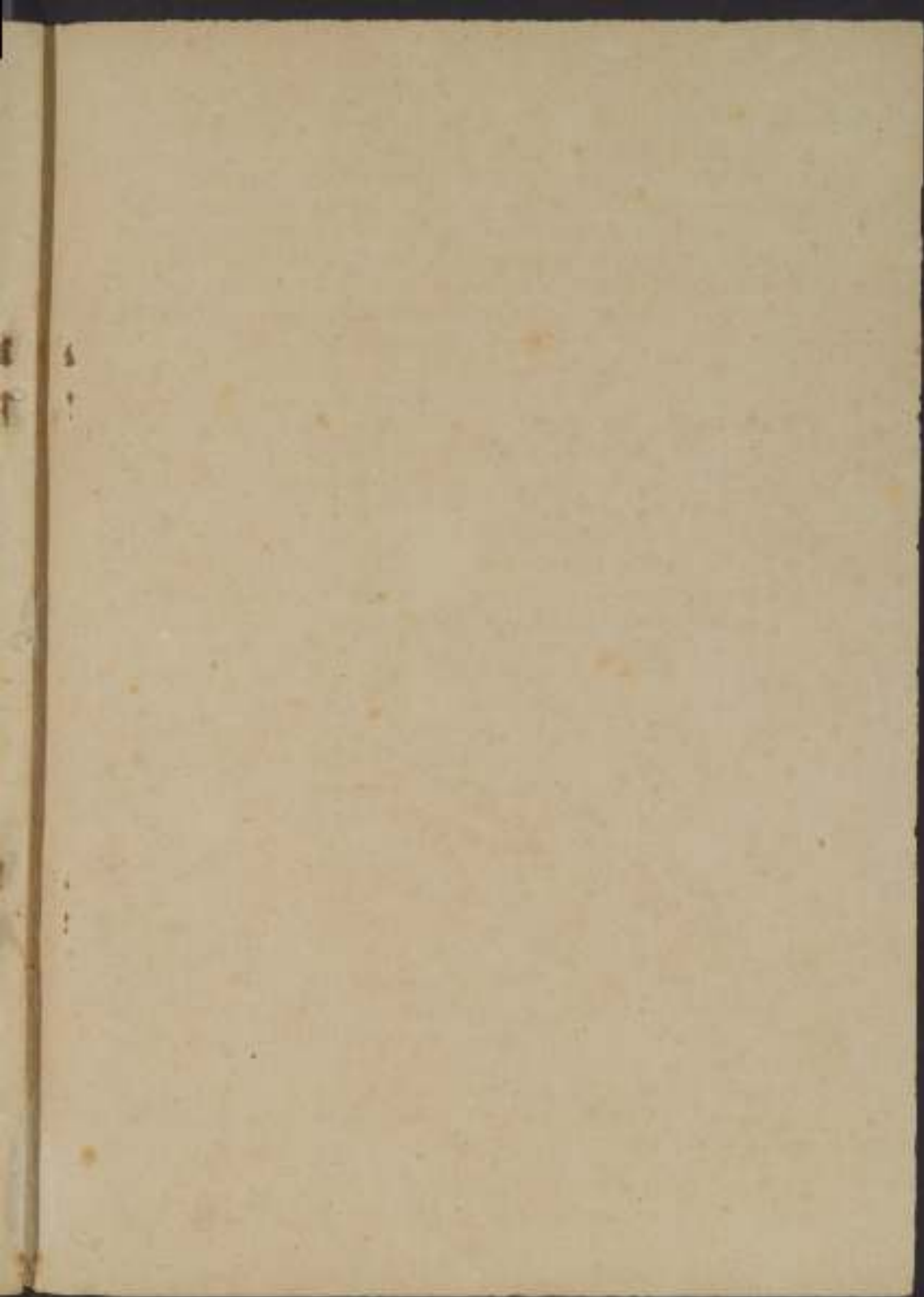
—No soy modesto. De veras.

—¿Verdad que es guapo, mamá?

—Estas niñas tienen cada pregunta! Si dice que no, falta a la verdad, porque para Gwen Taylor, que ha amado a todos los ni-

ños bonitos de Hollywood, halla mará entre los futuros esposos: en Richard Todd una expresión Así terminará la historia de la varonil que le agrada extraordinariamente. Si dice la verdad, Richard la coge de la mano, apasionadamente, y un pacto de amor y de mutua comprensión se firmará entre los futuros esposos. Así terminará la historia de la traviesa y mentirosilla Gloria, que con una de ellas encontró a un papá ideal y a una madre a quien amaba más que a nadie en este mundo...

FIN



PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 101

BARCELONA

VDA. M. BLAS - BARCELONA

Precio: 1'60 ptas.